

Alfa Eridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año II . Número 16 . MARZO - ABRIL - 2005



ISSN 1695-1859

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es.

Editor: Sergio Bayona Pérez.

Co-editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Ilustrador portada: Marina Muñoz.

Ilustradores cuentos: Marina Muñoz, Krystal Camprubí.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial 1

Relatos:

EL EXTRAÑO DEL MANUSCRITO OLVIDADO

por José Carlos Canalda 2

EL EXTRAÑO CASO DE VÍCTOR GUERRA

por David Mateo Escudero 17

EL ÚLTIMO MAR

por Omar Vega

ANCLADO AL MAR

por José Manuel Sala Díaz 49

Poesías:

EL GRAN JUEGO Y OTROS POEMAS

por Antonio Mora Vélez 57

Artículos:

TODA LA CARNE ES HIERBA

por Isaac Robles 61

SOÑANDO EL FUTURO

por Omar E. Vega 65

Noticias:

VOLUMEN DE LIBRO ANDRÓMEDA ESPECIAL TERROR: TERROR CÓSMICO 70

NECRONOMICÓN SOLICITA RELATOS CORTOS 71

VUELVE LA REVISTA SAMIZDAT 71

ALFA ERIDIANI..... 72

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Hola Amigos,
este número de la revista lo dedicamos a relatos relacionados con el océano y cosas que suceden bajo el agua. Y como no podía ser de otra forma, cuando pensamos en el océano lo hacemos en grande: hablamos del océano cuya costa está allá arriba, en la frontera con las estrellas. Así tenemos el jocoso relato de **Omar Vega**, quien nos cuenta las peripecias de unos viejos lobos de mar y el de **José Manuel Sala Díaz**, que nos habla de un naufragio antiguo, convertido en un centro de peregrinación. Tenemos además dos cuentos más terrestres en su escenario, pero igualmente sorprendentes. **José Carlos Canalda** nos habla con la oscura voz de un viajero que ha muerto hace tiempo y visto más de lo que un hombre curtido por la experiencia puede soportar y que incluye las leyendas que por siglos han navegado junto con los marinos de todos los tiempos. **David Mateo Escudero**, en cambio, nos trae una leyenda moderna, adornada con la extrañeza que le da la lluvia y la oscuridad a todo cuento de terror.

En otra sección, presentamos cinco poemas; éstos son cinco perlas que adornan este número dedicado a las historias de navegantes, tanto propios como ajenos. En ellos vemos que es posible conciliar el asombro por la ciencia y la belleza de la estructura tradicional de la poesía, siempre que venga de la mano de un virtuoso como **Antonio Mora Vélez**.

En los artículos tenemos la reseña que hace **Isaac Robles** de un clásico de la ciencia ficción: *Toda la carne es hierba*, de **Clifford Donald Simak**; y **Omar Vega**, nos explica uno de los sentidos de hacer y leer ciencia ficción.

Tampoco olvidamos en la sección de noticias otras convocatorias, propias o ajenas, para aquellos que quieran estrenarse en las duras lides de la escritura.

© Sergio Bayona



Relatos

EL EXTRAÑO CASO DEL MANUSCRITO OLVIDADO

por José Carlos Canalda

Me crié junto a un gran río, escuchando fantásticos relatos de pescadores... siempre el mejor ejemplar era el que se había escapado por los pelos la última vez. O extrañas criaturas que el río oculta bajo sus aguas leonadas; tal vez esa forma de exagerar la verdad y la costumbre de escucharlos hizo este cuento más real a mis ojos, porque un pescador jamás miente, apenas adorna un poco las cosas. Lean amigos este relato y luego verán con otros ojos las aguas tumultuosas de la costa del mar.

El libro que ahora tienen en sus manos es producto de una extraña y quizá irrepetible casualidad. El autor del manuscrito original hace ya muchos años que falleció; sólo de esta manera ha podido ser rescatado del olvido el relato de un acontecimiento insólito que fue deliberadamente silenciado por su autor, el cual lo ocultó una vez escrito de manera tan eficaz que únicamente ahora, más de un siglo después de ocurridos los hechos, han podido éstos ser dados a conocer sin que el tiempo transcurrido desde entonces le haya hecho perder un ápice de su interés.

Encontré el manuscrito original escondido entre las páginas de un Quijote de finales del siglo XIX que poco antes había comprado en una librería de viejo. Se trataba de un amarillento fajo de cuartillas repletas con una apretada escritura que, aunque constituían un relato completo, era evidente que habían sido arrancadas de un cuaderno mucho más amplio, quizá un diario.

El Quijote tenía un ex-libris con un nombre impreso: Andrés de Buitrago y Céspedes. Movidio por la curiosidad, y sospechando que el dueño del libro pudiera ser también el autor del manuscrito, comencé a investigar sobre la biografía del antiguo dueño del Quijote. Ya desde un principio supuse que debía de tratarse de una persona culta y probablemente acaudalada; la cuidada encuadernación del libro, la elegante letra del manuscrito y la delicada filigrana del ex-libris, así parecían indicarlo. Como comprobaría más tarde, acerté plenamente en mis apreciaciones.



Lo más inmediato para averiguar el origen del libro era contactar con el librero que me lo vendió; así lo hice y, no sin vencer su reticencia inicial a suministrarme los datos que yo le pedía, pude saber que este profesional lo había adquirido algunos meses antes, procedente de la biblioteca en venta de una familia venida a menos, como parte integrante de un lote de varias docenas de libros antiguos. No era un ejemplar excesivamente valioso, por lo que mi informador se mostró extrañado al comprobar mi inusitado interés por el mismo ya que, obviamente, había evitado comentarle la verdadera razón de mi búsqueda.

El resto resultó sencillo. Por mediación del librero pude contactar con Juan Alberto Sánchez Contreras, un hombre de mediana edad que me confirmó la venta del libro al tiempo que se me presentaba como el nieto de una hermana de Andrés de Buitrago. Según mi interlocutor su tío abuelo falleció víctima de un accidente de tráfico en mil novecientos veintitrés y, al estar soltero y carecer de descendencia, su importante patrimonio había sido repartido entre varios sobrinos. Uno de ellos, el padre de Juan Alberto Sánchez, había heredado la biblioteca, la cual pasó a ser propiedad suya tras el fallecimiento de su progenitor quince años atrás.

La biblioteca era importante y, sin ser excepcional, también era valiosa. Juan Alberto Sánchez puso en un principio todo su interés en conservarla, pero sus dificultades económicas en los últimos años le habían obligado a vender parte de la misma incluyendo el Quijote que ahora era de mi propiedad; en cuanto al resto de la historia, ya me era conocido.

Puesto que no tenía ningún objeto ocultar las verdaderas razones de mi interés, le interrogué acerca del manuscrito encontrado dentro del libro; y en contra de lo que yo esperaba mostró tal sorpresa, que no me cupo la menor duda de su sinceridad al afirmarme que nada sabía al respecto, aunque me confirmó que había sospechado su existencia desde hacía varios años atrás sin que lo hubiera conseguido encontrar.

Como yo había supuesto su tío había llevado un diario que él conservaba y en el cual se apreciaba una mutilación que había hecho desaparecer varias hojas, precisamente las que correspondían cronológicamente con uno de los numerosos viajes realizados por su tío abuelo, y más en concreto el efectuado por toda la cornisa cantábrica a principios de la primavera de mil ochocientos noventa y siete.



A pesar de sus esfuerzos Juan Alberto Sánchez no pudo descubrir estas hojas, por lo que supuso que su tío abuelo las debía de haber destruido. Tampoco halló la menor referencia a ese viaje en el resto del diario, lo que le hizo pensar que algo desagradable le debía haber sucedido en el transcurso del mismo, algo lo suficientemente incómodo como para que ni tan siquiera su familia alcanzara a conocer lo acaecido en aquellos dos largos meses durante los cuales estuvo vagabundeando sin rumbo fijo entre Navarra y Galicia.

Por otro lado todos los familiares y amigos de Andrés de Buitrago, escasos ambos, estaban ya acostumbrados a las excentricidades de éste, por lo que no extrañaban sus largas ausencias. Moderadamente rico y liberado de toda clase de cargas familiares (su soltería era asociada maliciosamente a un turbio suceso de su juventud que él nunca se molestó en desmentir), se había dedicado desde muy joven a practicar uno de los deportes favoritos de la gente ociosa de su tiempo: viajar. Su inquietud le había llevado a recorrer, más por afán de aventuras que por sed cultural, todas las rutas que conducían a los más remotos rincones del planeta.

Eran frecuentes sus viajes a lugares entonces tan exóticos como Egipto, la mortecina China imperial o la decadente Turquía; viajes alternados con breves recorridos por las regiones más recónditas de España, que entonces eran todavía muchas. De todo ello dejaba constancia en un prolijo diario, el cual era de hecho una crónica ágil y veraz de sus largos periplos por toda la faz del planeta... Con la única excepción del consabido viaje por el norte de la península, del cual había hecho desaparecer hasta el menor rastro, perdurando el recuerdo del mismo entre sus familiares y amigos sólo gracias a los breves y escuetos comentarios realizados por el impenitente viajero antes de su partida; porque a su vuelta, inexplicablemente, ni una sola palabra había salido de su boca.

El hallazgo de las hojas perdidas del diario de su antepasado interesó tan vivamente a Juan Alberto Sánchez que por un momento llegué a temer que éste las reclamara alegando el carácter privado de las mismas, a pesar de que se había cumplido con creces el plazo concedido por la ley para el disfrute de los derechos de autor... O al menos eso creía yo, que nunca me he caracterizado por un conocimiento demasiado profundo de la normativa legal. Lo cierto era que, de ocurrir como yo me temía, se verían trastrocados todos mis planes, ya que por entonces yo había decidido publicar el relato dentro de mi línea de investigación de las realidades heterodoxas. Sin embargo, y a pesar de mis temores, Sánchez Contreras accedió a la publicación del manuscrito consciente de la importancia de lo ocurri-



do a su tío abuelo en aquella lejana primavera de finales del siglo pasado, sin más condición que la de colaborar en la misma.

No fue difícil comprobar que efectivamente las hojas encontradas por mí en el viejo Quijote correspondían a las arrancadas del diario; eran el mismo papel y la misma letra, y la coincidencia cronológica era absoluta. Todo lo demás fue, pues, sencillo. Entre mi compañero, y ya amigo, y yo estudiamos exhaustivamente el manuscrito hallándolo extraño quizá, pero perfectamente coherente; Andrés de Buitrago podía ser una persona extravagante, pero no quedaba la menor duda acerca ni de su inteligencia ni de su cultura. Resultó, de hecho, una persona totalmente digna de confianza en sus apreciaciones, hecho éste no demasiado frecuente en su época.

De común acuerdo ninguno de nosotros dos ha querido modificar ni comentar el relato original limitándonos a transcribirlo, tal como aparece redactado, sin más rectificación que la supresión de las ligeras diferencias de puntuación y acentuación con respecto al idioma actual; dejamos que sean ustedes quienes obtengan por sí mismos sus propias conclusiones acerca de un texto que, a pesar de pertenecer a un diario personal, está redactado en forma novelada, lo que le hace si cabe más ameno y moderno. Lean, pues, la extraña historia de Andrés de Buitrago.

Cuando hoy, transcurridos ya varios meses desde que ocurriera el suceso, escribo este relato refugiado en la tranquila soledad de mi gabinete, no tengo por menos que sentir un escalofrío al recordar lo sucedido aquel gélido día todavía invernal... A través de la ventana veo brillar ahora el apacible y cálido sol septembrino, recio sol castellano que hace dudar de la posible existencia de otros climas diferentes del nuestro... Climas que a pesar de todo existen, y no todos tan bonancibles como el que hoy caldea mi habitación de una manera quizá excesiva para mi gusto, pero indudablemente plácida.

No; todo fue muy distinto cuando tuvo lugar mi viaje por todo el Cantábrico español, y no me cabe la menor duda de que, de no haber ocurrido aquel fuerte temporal, hoy no estaría escribiendo estas líneas, porque nada fuera de lo normal habría entonces sucedido. La verdad es que, pese a todo, encuentro muy dudosa la necesidad de dar cuerpo a este desagradable y caluroso relato... Quizá fuera mejor dejar que su recuerdo se sumiera en el oscuro anonimato del olvido; pero hace ya bastantes años tomé la decisión de llevar cumplida cuenta de todo lo acontecido en mi agitada vida... Interrumpir esta autodisciplina aun cuando fuera por una única vez sería para mí una auténtica felonía, cosa que nunca podré consentir.



Retomo así la pluma no con tanta repugnancia como para impedirme cumplir con mi labor, pero sí con la inquietud que me supone tener que volver a recordar acontecimientos que desearía ver enterrados para siempre en lo más profundo de mi mente. Sin embargo, soy plenamente consciente de que ésta es mi obligación, y la asumo con todas sus consecuencias. Quizá lo que aquí relato sea objeto de repudio, por extraño a la razón, por parte de toda persona medianamente ilustrada... Confieso que éste es mi propio caso y que, de no haber vivido personalmente la experiencia, yo mismo dudaría de su veracidad. Ahora bien, puesto que no escribo esto para nadie sino solamente para mí, y quizá ni tan siquiera eso, no me siento obligado a buscar la menor justificación... Si es que acaso esta justificación existe.

Todo comenzó una fría mañana de marzo en las proximidades de un pequeño pueblecito perdido en la costa asturiana. Hacía ya tres semanas que había partido de Pamplona iniciando un recorrido que me llevaría hasta Galicia después de recorrer toda la cornisa cantábrica de este a oeste... Curiosamente, a pesar de haber visitado lugares tan remotos como la India, Argentina o Rusia apenas si conocía algunas regiones de mi propio país; por tal motivo a mi vuelta de Italia, y casi sin descansar, me dirigí junto con mi criado hacia la capital del antiguo reino de Navarra. Una vez allí compré –hubiera sido inútil alquilarlo para un viaje tan largo– un pequeño coche con su correspondiente caballo. Puesto que mi criado iba a ser quien oficiara de cochero no habría más viajeros que él y yo, cosa ésta por lo demás bastante habitual en la mayor parte de mis viajes. Yo pretendía en esta ocasión ir evitando las grandes ciudades, en el fondo todas iguales, trazando mi ruta sobre la marcha en busca de los innumerables pueblecitos y aldeas que jalonaban el verde territorio de estas provincias norteñas... Daba por supuesto que el hospedaje tendría que tener lugar, en la mayor parte de las ocasiones, en fondas y mesones carentes por completo de las comodidades más elementales; pero esto, para una persona que como yo había recorrido más de medio mundo en condiciones muchas veces precarias, no supondría mucho más allá de una leve molestia.

Apenas nos quedaría un kilómetro para alcanzar las primeras casas de un pueblecito cuyo nombre no consigo recordar, cuando tras saltar sobre un enorme bache el coche se inmovilizó al tiempo que emitía un crujido que no hacía presagiar nada bueno. Bajé a la carretera al tiempo que Juan, mi criado, descendía del pescante tras haber inmovilizado al animal, bastando unos breves segundos para constatar la naturaleza del daño sufrido por nuestro vehículo: a consecuencia del fuerte golpe recibido, el eje delantero se había partido por la mitad.

Estábamos, pues, inmovilizados puesto que en esas condiciones no podríamos recorrer con nuestro vehículo ni tan siquiera unos pocos metros; pero por otro lado, tampoco podíamos quedarnos allí de brazos cruzados ya que el cielo estaba encapotado y el fuerte viento reinante hacía presagiar la cercanía



de una tormenta. Hicimos, pues, lo único que podíamos en aquellas circunstancias: recorrer a pie la distancia que nos separaba de la aldea.

Por fortuna, ésta quedaba cerca. Una vez en ella nos resultó fácil encontrar a un artesano (en realidad, el único) que nos pudiera reparar el coche... Aunque inevitablemente tendríamos que pernoctar en la aldea, lo cual aun sin tenerlo previsto en un principio tampoco resultaba una grave alteración de mis planes. Dejé, pues, que Juan, acompañado por varios mozos de la aldea, fuera a recoger al abandonado coche y al caballo, dedicándome yo a la tarea de buscar alojamiento para ambos. Esto no resultaría demasiado difícil ya que, según me informaron, tan sólo había una fonda en el pueblo, la cual además hacía las funciones, también únicas por cierto, de tienda y de taberna.

Al franquear la puerta de entrada me encontré en el interior de una típica taberna marinera: el local, grande y destartalado, estaba en esos momentos semivacío, apenas ocupado por un reducido grupo de madrugadores parroquianos, evidentemente pescadores a juzgar por sus trazas, los cuales se encontraban sentados en torno a una gran mesa de mármol situada en un rincón de la vasta sala.

Ignorándolos por completo, cosa que por cierto no hicieron ellos, me dirigí hacia la persona que parecía ser el dueño del local, un orondo cincuentón embutido en un no muy limpio delantal que fregaba con parsimonia una gran pila de vasos detrás del mostrador. El acuerdo fue rápido y, tras reservar un par de habitaciones y con un generoso vaso de sidra en la mano, me dispuse a aguardar la vuelta de mi criado.

Me dirigí hacia una de las mesas vacías con la intención de sentarme en ella, pero al pasar junto al grupo de pescadores éstos interrumpieron su conversación para dirigirse a mí con esa espontaneidad que sólo se puede encontrar lejos de las grandes ciudades. La pregunta resultó ser, como cabía esperar, la solicitud de la confirmación de mi carácter de forastero... Como si no resultara evidente que yo no tenía absolutamente nada que ver con ellos.

Rápidamente me hicieron sitio en su propia mesa por lo que, con no demasiado interés por mi parte, me vi obligado a relatarles mis circunstancias personales, las razones de mi viaje y los motivos por los que me había visto obligado a detenerme allí. Como era natural mi afán viajero fue algo que les sorprendió; no resultaba nada habitual encontrarse, en un ambiente tan provinciano como aquél, con una persona capaz de relatar experiencias personales acontecidas en el otro extremo del planeta, algo tan lejano para ellos como si se tratara de la propia Luna.

Por su parte, ellos también me contaron su historia. Como había supuesto todos eran pescadores, pero aquel día habían desistido de salir a la mar debido a que ésta se encontraba muy picada esperándose la aparición de una galerna para aquella misma noche. Así pues, mataban su tiempo libre en la taberna



contándose mutuamente las ingenuas mentiras que, desde tiempos de los fenicios, solían ser habituales entre la gente de la mar.

Por lo que pude colegir, la interrumpida conversación había estado versando sobre la naturaleza (la existencia la daban por supuesta) de los diferentes tipos de monstruos marinos: ballenas gigantes capaces de tragar barcos enteros, pulpos de enormes tentáculos y refinados gustos alimenticios (al parecer el plato fuerte de su dieta solían ser los marineros arrancados de la cubierta de sus embarcaciones), y un largo etcétera de seres tan increíbles como terroríficos empeñados al parecer en disputar a los hombres el dominio de las vastas extensiones marinas.

Huelga decir que apenas saciada su curiosidad sobre mi persona, y aceptado ya como tertuliano presuntamente experto en la materia, la conversación retornó rápidamente a sus primitivos cauces. Yo me encontraba entonces muy divertido al comprobar la vehemencia infantil con que eran aceptados estos delirantes relatos, y no pude evitar adoptar el papel de abogado del diablo cuando fui interrogado sobre los distintos tipos de seres marinos que con toda seguridad debía haber avistado en el curso de mis numerosos viajes.

Como cabía esperar, mi respuesta les decepcionó. No, nunca había visto a ninguno de esos espeluznantes seres... Todo lo más, había alcanzado a vislumbrar algún que otro delfín, numerosos tiburones (ninguno de ellos de talla mayor de lo habitual), una ballena apenas avistada de lejos y, en una ocasión, una manta de varios metros (pero no más de cinco o seis) de envergadura.

Pero convencer a tan obstinados sujetos de un hecho tan científico como prosaico como era la inexistencia de monstruos marinos, quedaba mucho más allá de lo que yo podía (y quería) hacer. No cabe duda de que la superstición en cualquiera de sus múltiples vertientes es una de las palancas que mueven el mundo... Y que apenas un par de siglos de progreso científico poco pueden hacer frente a varios milenios continuados de ignorancia y barbarie; y está muy claro, lamentablemente, hacia que lado acostumbra a decantarse la balanza.

—Pero, ¿y las sirenas? —me espetó con tozudez uno de los marinos más jóvenes—. Usted sí que las habrá visto; aunque la verdad es que suelen ser las más difíciles de ver —se corrigió—. Pero a pesar de todo...

—Mi querido amigo, le puedo asegurar que nunca jamás, en ninguno de mis numerosos viajes, he tenido ocasión de ver ninguna sirena... —respondí divertido—. Y nunca las podré ver, puesto que se trata de unos seres mitológicos que no existen en la realidad... Y ni tan siquiera eran mujeres con cola de pez.

—¡Alto ahí! —me interrumpió mi interlocutor—. Las sirenas siempre han tenido cola de pez. Yo vi una vez una lámina en la que...



—Sí, esos seres existen en la mitología griega —concedí al tiempo que sonreía—. Pero no se llamaban sirenas, sino nereidas. Las sirenas tenían cabeza de mujer y cuerpo de pájaro.

—¡Cuerpo de pájaro! ¡Bah! —exclamó despectivamente el pescador al tiempo que recogía con la mirada la unánime aprobación de sus incultos compañeros— ¿Dónde se ha visto eso? Las sirenas siempre han sido así... Y siempre lo serán. Yo lo he visto.

Era tan inútil como intentar derribar un muro de piedra a cabezazos. Desistí de convencerlos.

—Nereidas o sirenas; ¿qué más da? —concedí resignado—. Tan irreales son las unas como las otras.

El orgullo es el orgullo, pero la tozudez es la tozudez. Los lugareños seguían en sus trece.

—¡Pues yo digo que existen! —insistió el grandísimo cabezota—. Yo vi una hace dos años.

—¡No me diga! —respondí con sorna— ¿Y cómo era?

—¿Cómo va a ser? Como todas. Pero las sirenas son muy pocas, y normalmente no se dejan ver. Viven en sus maravillosas cuevas submarinas excavadas en coral —evidentemente mi interlocutor quería dar la versión completa de la historia— y sólo salen a la superficie una vez cada varios años, siempre en las noches de tempestad en las que el mar está solitario y oscuro. Salen a la orilla en los acantilados y se sientan en las rocas para contemplar cómo las olas rompen con furia a sus pies... Bueno, a su cola, y esperan en silencio hasta que empieza a amanecer. Entonces vuelven a sumergirse en las profundidades, quizá para no volver a salir hasta pasados muchos años.

Realmente la historia era curiosa y, por lo que yo sabía, completamente original: nunca en mis numerosos viajes me había encontrado con una leyenda similar a ésta, la cual no coincidía tampoco con lo relatado en los mitos clásicos. Me preguntaba de dónde habría obtenido una persona tan inculta como este pescador un relato tan elaborado; y a pesar de todo, su fábula comenzaba a interesarme. Por mi mente pasó fugazmente la idea de intentar convencerle de que poco coral podría haber en un mar tan poco cálido como el Cantábrico; pero después del fracaso cosechado tras mi anterior intento de aclaración, estimé que lo más prudente era desistir de ello.

—¿Y para qué salen del mar precisamente en las noches de tempestad? —pregunté con un tono no exento de malicia— ¿A qué esperan hasta el amanecer?



—¿Qué van a esperar? —la ingenuidad de la respuesta me hizo sonreír—. La llegada de los marineros.

Hasta aquel mismo momento el resto de los contertulios habían guardado un respetuoso silencio mientras escuchaban con interés nuestro duelo dialéctico; pero fue ahora un veterano marinero de tez curtida por el sol y la brisa del mar quien intervino planteando una objeción que, por obvia, a mí me había pasado inadvertida.

—¡Pero Antonio! —por fin sabía cuál era su nombre—. Tú mismo has dicho que salían a la superficie tan sólo en las noches de tormenta; ¿cómo van a encontrar a alguien en tales ocasiones? Hace falta estar loco para echarse a la mar en esas condiciones.

—Te equivocas, Tomás —respondió el aludido—. No son sólo los locos los que salen a navegar en medio de una tempestad; también lo hacen los audaces, los que no temen a la muerte... Los únicos dignos de unirse con las sirenas.

—¡Un momento! —interrumpí yo, molesto por haber perdido la iniciativa—. ¿Para qué quieren las sirenas a los marinos? Aún no ha contestado a mi pregunta.

—¿Para qué va a ser? —se sorprendió Antonio—. Las sirenas son eso... Sirenas. Mujeres en suma. Y, puesto que no existen hombres de su especie, nos necesitan a nosotros para...

Aun cuando no concluyera la frase, su gesto fue tan expresivo que hizo estallar en un coro de risotadas a sus zafios compañeros. Yo, por mi parte, opté por mostrarme dignamente inexpresivo.

—Se equivoca usted —insistí de nuevo olvidándome de mi anterior fracaso a la hora de explicarle la mitología clásica—. Existen los tritones, que son el equivalente masculino de las sirenas y que, por lo tanto, también tienen colas de pez.

—¿Los tritones? —me interrogó dubitativo—. Nunca había oído hablar de ellos. ¿Y vosotros?

El apagado coro de negativas me hizo ver bien claro que no contaba, como era de esperar, con el menor apoyo; por lo tanto, tampoco habría tritones... ¡Qué se le iba a hacer!

—Como iba diciendo —No había duda de que Juan era tesonero—. Las sirenas no son inmortales... Viven cientos de años, mucho más que nosotros, pero también acaban muriendo. Necesitan reproducirse, y lo consiguen así.



—Curiosa pareja —respondí con sorna; la bola de nieve de las incongruencias y los despropósitos continuaba engordando, pero a pesar de ello en vez de irritación o incomodo sentía, para sorpresa mía, tan sólo un divertido interés—. Ahora bien, suponiendo que estas uniones pudieran tener descendencia, ésta estaría constituida tanto por varones como por hembras.

La objeción era intachable, o al menos así lo creía yo, pero para sorpresa mía también fue refutada.

—Así es. Pero mientras los niños nacidos de estas uniones son completamente humanos, las niñas son, por el contrario, sirenas al igual que sus madres.

—¿Y qué pasa con los niños?

—¡Oh! Está bien claro. Como es natural —yo no veía que lo fuera— estos niños nacen bajo el agua, y al no poder respirar se ahogan. Las niñas, sin embargo, sobreviven ya que son unos seres marinos.

—¿Cómo sabe usted eso? ¡Ah, se me olvidaba! Usted vio una.

—Ya se lo he dicho —respondió ingenuamente Juan, incapaz de captar la ironía—. Fue hace algo más de dos años, para el mes de noviembre. Yo había salido en una barca para pescar... con caña. Era domingo, tenía la tarde libre y tan sólo deseaba descansar un rato. La mar estaba tranquila y el cielo, aunque cubierto, no parecía amenazar lluvia. Sin embargo, bastaron unos minutos para verme en mitad de la tormenta más salvaje que jamás he conocido. ¿Os acordáis? —preguntó a sus compañeros, los cuales como era de suponer se apresuraron a afirmar vigorosamente con la cabeza.

—Mi barca no tenía velas, y con los remos poco podía hacer. Durante varias horas me vi zarandeado de un lado para otro temiendo que mi barca naufragase; confieso que sentí miedo. En una ocasión las olas me arrastraron hasta muy cerca de los acantilados; apenas un poco más y me hubiera estrellado contra las rompientes. Gracias a Dios de repente cambió la corriente y me vi llevado de nuevo mar adentro. Y entonces —aquí su voz se tornó trémula— la vi.

—¿Cómo era? —preguntó ansiosamente uno de los marineros.

—Bellísima. La mujer más hermosa que jamás haya visto hombre alguno. Estaba sentada sobre una roca en actitud pensativa, y miraba hacia el mar. De repente me vio; y me llamó.

—Al menos en eso sí concuerda con la Odisea —rezongué sin poderlo evitar—. Aunque las de allí tenían alas.



—¿Y fuiste? —indagó otro de los contertulios haciendo caso omiso de mi impertinente comentario.

—Lo intenté, os juro que lo intenté con todas mis fuerzas. Pero no pude hacer nada. La corriente me arrastraba mar adentro, y poco después la vi desaparecer tragada por la oscuridad. Media hora más tarde mi barca encallaba en la playa; yo me había salvado, pero desde entonces no hago sino lamentarme de mi mala suerte. Si yo hubiera podido arribar a aquel arrecife... —concluyó lastimero.

—¡Pero usted habría fallecido ahogado o destrozado contra las rocas! —exclamé estupefacto.

—Sí, hubiera muerto con toda seguridad —respondió el pescador con una gravedad que me heló la sangre—. Pero antes habría disfrutado de algo que muy pocos mortales pueden llegar a alcanzar: el amor de una sirena, infinitamente más placentero que el que se pueda obtener con una mujer normal.

—¿Cree usted que hubiera merecido la pena? —insistí perplejo.

—Por supuesto —Juan no dudó un solo instante en contestarme—. Cuando se alcanza un placer tan elevado todo lo demás, incluso la propia vida, está de sobra. Le aseguro que es la muerte que desearía cualquier marino.

—Si usted lo dice... —me rendí.

—¿Y no podrías volver a verla? —medió otro de los pescadores el cual, al parecer, no compartía mi escala de valores.

—Nada hubiera deseado más en este mundo —confesó escuetamente Juan—. Pero nunca desde entonces me he atrevido a desafiar de nuevo a la mar... Quizá no sea digno de ella —musitó con amargura.

—Quien sabe... —comenté en un deliberado intento de echar agua al fuego—. Quizá tan sólo fuera una alucinación.

—¡No! —exclamó con rabia—. Era real, tan real como usted y como yo... Y me llamaba, me llamaba por mi propio nombre.

—Fuera lo que fuese, lo cierto es que ya no tiene remedio —apacigüé.

—Quizá todavía pueda subsanarse —masculló entre dientes—. Esta noche habrá tormenta, y esta misma noche volveré a la roca. Estoy seguro de que ella me estará esperando.

Tras pronunciar tan rotunda frase la práctica totalidad de los contertulios prorrumpieron en exclamaciones de horror mientras yo optaba, por el contrario, por guardar un sepulcral silencio. Estaba convencido de que el pescador no



era sino un pobre desequilibrado mental, y lamenté sinceramente haber sido yo quien de forma involuntaria le hubiera inducido a su pueril arrebató.

—¡Pero Antonio! —gimió Tomás leyéndome aparentemente el pensamiento— ¡Tú estás loco!

—Puede que sea así —respondió el aludido—. Pero hay ocasiones en las que la cordura está de más, y estoy convencido de que ésta es una de ellas. Iré a buscar a mi sirena; tan sólo os pido que recéis por mí.

Todo lo sucedido a continuación aparece en mis recuerdos de una manera borrosa. La discusión alcanzó rápidamente unos tonos bastante elevados, por lo que opté por escabullirme de la mejor manera posible; la oportuna llegada de mi criado, solucionado ya el traslado de nuestro coche, me proporcionaría la excusa perfecta para abandonar el local.

El resto del día, olvidada por mí la conversación mantenida en la taberna, transcurrió con suma rapidez. Acompañado de Juan visité el cobertizo donde se encontraba guardado el coche, ajustando con el herrero el importe de la reparación al tiempo que éste nos confirmaba la imposibilidad de concluir el trabajo antes del mediodía del día siguiente; estuvimos también en el establo donde habíamos dejado nuestro caballo y, puesto que entonces ya había comenzado a llover, retornamos a la taberna para almorzar. Según pude observar cuando llegamos allí mis interlocutores ya se habían marchado... Y no me molesté en preguntar por ellos.

La tarde discurrió con placidez en el interior de nuestro refugio mientras afuera la tormenta arreciaba. Llegó por fin la hora de acostarnos, pero no habían transcurrido ni tan siquiera treinta minutos, cuando me despertó un gran revuelo organizado, al parecer, en la taberna. Tanto Juan como yo bajamos apresuradamente a la planta baja comprobando cómo aparentemente la mayor parte de la población de la aldea se hallaba reunida en el interior del amplio local. No resultó difícil enterarnos de lo ocurrido: Antonio había desaparecido del pueblo y, puesto que también había sido echada en falta su barca, todo era suposiciones acerca de la posibilidad de que hubiera llevado a cabo su infantil idea.

Como era fácil de suponer se estaba organizando la búsqueda del marino y, por ser la taberna el lugar de mayor capacidad del pueblo, había sido convertida ésta en el cuartel general de la operación de rescate. Lamentablemente la galerna se encontraba ahora en todo su apogeo, lo que dificultaba enormemente las labores de rastreo. A pesar de todo se habían comenzado a organizar batidas por toda la costa, lo único que en tales circunstancias se podía hacer ya que el hacerse a la mar en tales condiciones hubiera supuesto un suicidio seguro.



Juan y yo colaboramos en todo lo que pudimos, aunque nuestro desconocimiento del terreno hizo que nuestra utilidad resultara más bien escasa. Por tal motivo ambos nos quedamos en la misma taberna ayudando en las labores de coordinación de los distintos grupos de rescate, lo cual nos permitió librarlos de pasar a la intemperie una noche realmente infernal.

Lentamente fueron desgranándose las horas. La tormenta seguía descargando auténticas montañas de agua y Antonio continuaba sin aparecer. Para entonces ya no cabía la menor duda de que, cumpliendo con su amenaza, el pescador se había echado realmente a la mar; pero, en tan adversas condiciones climatológicas, sería muy difícil, por no decir imposible, encontrarlo antes de que amainara el temporal, lo que reducía hasta niveles mínimos las posibilidades de hallarle con vida.

Eran casi las cinco de la madrugada cuando un muchacho de unos catorce años entró gritando en la taberna, tan empapado de agua que, de haberle podido escurrir como a una esponja, se hubieran podido llenar con él varios cubos. Pero esta circunstancia resultaba completamente trivial en aquella situación ya que, al escuchar sus entrecortadas palabras, todos nos dirigimos hacia él como movidos por un resorte: acababan de encontrar el cadáver de Antonio.

Todo lo demás está grabado en mi mente de una manera tan confusa que me resulta muy dificultoso separar lo real de lo imaginado... Como si estos hechos no hubieran ocurrido apenas unos meses atrás sino hace muchos, muchos años. Pero continuaré. De repente, y sin saber como, me encontré junto a la playa aguantando estoicamente bajo la torrencial lluvia mientras miraba atónito hacia el inerte bulto que, hasta pocas horas antes, fuera un fornido mocetón lleno de vida.

La búsqueda había concluido. Retornamos al pueblo en silencio, cabizbajos e insensibles a todo, llevando con nosotros el cuerpo del infortunado pescador. Por el camino, no obstante, pude recabar algunos datos sobre las circunstancias del accidente: A pesar de la fuerte marejada Antonio había conseguido cruzar los varios kilómetros de mar que separaban al pueblo de los arrecifes: su cadáver había sido encontrado sobre una gran roca plana, arrojado allí sin duda por las encrespadas olas.

Pero había, a pesar de todo, algunos detalles que convertían en singular aquel suceso. En primer lugar el cuerpo había sido hallado completamente desnudo, hecho éste que en condiciones climatológicas tan desfavorables resultaba ser, cuanto menos, extraño. Pero además quedaba aún otro factor todavía más intrigante incluso para una persona tan poco versada en temas marinos como yo: su rostro mostraba no el rictus crispado que cabría esperar en un ahogado, sino una pasmosa expresión de paz y tranquilidad insólitas en tan dramáticas circunstancias.



A mediodía del día siguiente, apenas estuvo reparado nuestro carruaje, abandonamos la aldea dejando atrás el recuerdo de este insólito y desagradable suceso; o al menos, así lo creía yo. Porque cuando paramos para almorzar, ya cruzado el límite con la provincia de Lugo, mi criado Juan me hizo una pregunta que a pesar de todo mi racionalismo me dejó completamente helado.

—Don Andrés —me espetó—. ¿Usted recuerda de qué color era el pelo del muerto?

—¿Cómo no? —respondí extrañado—. Era muy oscuro, prácticamente negro. ¿Pero por qué me preguntas eso?

—¿Vio usted a alguna persona rubia en la aldea? —insistió, haciendo caso omiso de mi observación.

—No, creo que no... —comenté—. Todas las personas a las que yo vi eran morenas. No había ninguna rubia... ¿Acaso importa ahora eso?

—Tenga, señor —zanjó él mostrándome su mano abierta—. Estaba en el puño del muerto cuando lo trajimos de la playa, y tuve que recurrir a todas mis fuerzas para podérselo arrebatar.

Intrigado, acerqué mi vista hacia aquello que mi criado me enseñaba en la palma de su mano... Y al instante mi curiosidad morbosa se trocó en horror: Ante mis ojos tenía un puñado de largos y sedosos cabellos dorados.

***E**l relato original de Andrés de Buitrago termina aquí, pero apenas transcurridas algunas semanas después de que yo efectuara mi hallazgo Juan Alberto Sánchez Contreras me comunicó que, revolviendo entre los documentos personales de su tío abuelo, había encontrado un curioso recorte de periódico que creía pudiera tener alguna relación con el hecho aquí narrado.*

Lamentablemente el recorte carece de toda indicación acerca del nombre del periódico en el que fue publicado y la fecha en que apareció; pero merced a una serie de criterios indirectos que sería demasiado prolijo describir aquí, tanto el señor Sánchez como yo creemos, casi con toda seguridad, que debe de tratarse de un ejemplar de principios de siglo publicado probablemente en Madrid. De ser cierta esta suposición la noticia sería posterior, y muy próxima, a los hechos descritos por Andrés de Buitrago en su diario. También la localización de los dos sucesos es muy próxima al haber ocurrido ambos en la costa asturiana, aunque al no conocer el nombre del pue-



blo descrito por Buitrago tampoco podemos precisar si se trata de la misma localidad.

De cualquier forma estos detalles no afectan en lo más mínimo a la innegable relación entre ambos hechos, como podrán ustedes comprobar tras la lectura de la transcripción del aludido artículo.

¿UN MONSTRUO MARINO EN EL CANTÁBRICO?

Según noticias recogidas por nuestro corresponsal en Oviedo, el pasado día 27 unos pescadores de Ribadesella recogieron en sus redes el cuerpo semidescompuesto de un extraño animal marino. De acuerdo con las manifestaciones de estos pescadores, este ser tendría una longitud de aproximadamente un metro y medio y pesaría alrededor de unos cincuenta kilogramos. A pesar de que su avanzado estado de descomposición impedía efectuar un estudio detallado del cadáver, sí se pudo comprobar la existencia de dos extremidades superiores mientras la parte inferior del cuerpo terminaba en una larga cola similar a las de los delfines. En lo que respecta a la cabeza, ésta se hallaba tan deteriorada que no se pudo observar ningún rasgo en ella, aunque lo que más sorprendió a los pescadores fue la existencia de una larga melena de color dorado.

Debido al fuerte hedor que desprendía los pescadores se vieron obligados a arrojar de nuevo el cuerpo al mar, con lo que la ciencia ha perdido la oportunidad de estudiar detenidamente a este extraño animal. Consultados varios profesores de la universidad de Oviedo, éstos manifestaron su creencia de que debía de tratarse del cadáver de algún mamífero marino arrastrado por las fuertes corrientes desde las frías aguas del Océano Ártico, lugar en el que estos animales habitan. Carecen pues, de todo fundamento los rumores aparecidos por todo el litoral del Principado acerca de la existencia real de seres marinos desconocidos por la ciencia, rumores que propalados por personas de escasa formación científica no hacen sino confundir a los supersticiosos habitantes de nuestra costa cantábrica.

© José Carlos Canalda Cámara

JOSÉ CARLOS CANALDA (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia-ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos.



EL EXTRAÑO CASO DE VÍCTOR GUERRA

por David Mateo Escudero

Cosas extrañas suceden en las noches lluviosas. La melancolía aprieta sus garras en las mentes más preparadas, y dibuja raras alegorías en las sombras densas del espacio y las ideas. Sacudida por un remoto relato, la estantería de la cordura se tambalea temblorosa al borde de la insanía. Que sea un psicólogo el protagonista de esta historia no lo exime de esta premisa primordial.

Lo había conseguido. Julia había logrado su propósito. Maurice propinó un buen trago a la botella de Jack Daniel's y sintió como el whisky le chorreaba por los morros y empapaba las sábanas de la vieja y rechinante cama. Permaneció unos segundos en silencio, observando en las paredes el reflejo parpadeante de las luces rojas del cartel de neón, y notando como el licor quemaba su garganta y se filtraba en su estómago, abrasándole por dentro. Cerró los ojos y se los imaginó a los dos en una cama de lujo de algún hotel cinco estrellas, follando como perros. Casi podía escuchar los gritos desquiciados de Julia, abriéndose de piernas, y permitiéndole que embistiera con su fornido y joven cuerpo entre sus muslos; dejándose agraviar el agujero sacrosanto que hasta hacía solo dos meses había sido únicamente suyo.

Sacrosanto. Maurice paladeó aquella palabra y se le antojó perniciosamente dañina.

Con movimientos lentos se incorporó de la cama, caminó hasta la ventana y corrió las cortinas. El Paseo de Gracia por la noche ofrecía una vista maravillosa. Los grandes edificios estaban encendidos, los coches subían y bajaban en un continuo deambular. A esa hora había menos gente por la calle, pero aun así, la vida nocturna de Barcelona era fascinante e irreverentemente seductora. Si no hubiese estado tan deprimido, habría bajado a la calle en ese mismo instante y se habría tomado unas cuantas copas a la salud de Julia y de su macho ibérico. Por desgracia hacía ya unas cuantas horas que su cerebro había dejado de estar operativo.

Maurice hizo un chasquido con la boca y se regañó a sí mismo. ¿Borracho? ¿A quién quería engañar con aquella excusa? A sí mismo no, desde luego. Lo que estaba era jodido. Sí, aquella era la palabra adecuada: jodidamente jodido.

Le propinó un nuevo trago a la petaca y sintió como esta vez el whisky entraba con mayor facilidad. Seguro que en aquel instante, su agujero sacrosanto también estaría siendo fácilmente lubricado por el fragoroso miembro de ese cabrón hipermusculado.



Dejó la ventana y comenzó a pasear por la pequeña habitación, dando tumbos de aquí para allá, como un lobo enjaulado. Una y otra vez le venía a la cabeza el momento en que Julia, después de firmar los papeles, se había agarrado al brazo de aquella copia barata de Melrose Place, y le había susurrado con tono malicioso:

Ahora te jodes, calvo de mierda. Te voy a sacar hasta la médula de los huesos.

Se pasó la mano por la cabeza y el rostro. Su poco cabello y la falta de bello en el cuerpo no le habían preocupado nunca. Hasta ahora.

Aquello había sido una sentencia de guerra. Se había burlado en su propia cara y después se había agarrado a su guardaespaldas personal, y juntos habían abandonado el despacho del abogado, rozándose mutuamente la cintura. ¡En sus mismas narices!

¿Y cómo había reaccionado él? ¡El gran psicólogo! ¡El hijo prodigio de la Universidad Estatal de Cegy-Pontoise de París! ¡El visionario del último consejo estatal de Manos Unidas! ¡Quedándose pasmado, como un auténtico idiota! Viendo como su mujer se largaba con un crío veinte años menor que él, y yéndose a sofocar sus penas al peor agujero de toda Barcelona, que para mayor mofa del destino, era una de las pocas habitaciones mínimamente decentes que quedaban libres en la ciudad.

Maurice sintió ganas de estampar la petaca contra la pared y dar rienda suelta a su frustración, pero no se atrevió a hacerlo. El amigo Jack Daniel's era demasiado buen compañero para otorgarle un trato tan despiadado.

Volvió a tumbarse en la cama, y sintió como los muelles del colchón rechinaban al soportar su peso.

... calvo de mierda... Le había llamado.

¡La madre que la parió! Se conservaba en perfecta forma, corría diez kilómetros diarios, iba al gimnasio una hora después de la consulta, no había sufrido ni un gatillazo en la cama, y visitaba al dentista con asiduidad pues Julia era fetichista del dentífrico de dientes. ¡¿Y al final, después de una vida rutinaria y sacrificada, lo dejaba abandonado por unas insignificantes entraditas al principio del cuero cabelludo?! ¿Pero con quién diablos había estado casado durante diez putos años?

Un nuevo beso al amigo Jack Daniel's y las ideas volvieron a esclarecerse en su cabeza.

No lo había dejado plantado por unos cuantos pelos menos. No señor. Lo había abandonado por un simio cuadriculado de gimnasio que le había metido



la polla en cualquier habitación de motel y la había dejado enamorada. Por eso había tirado diez años de matrimonio a la basura. Por eso, y porque era una soberana puta.

Maurice hundió la cabeza en la almohada y sintió como el cerebro le ardía por culpa del exceso de alcohol.

¡Si al menos dejaran de parpadear las luces rojas del cartel!

—Maricón de mierda... —masculló, cada vez más borracho, mientras recordaba al estirado pingüino que le había dado la bienvenida en la recepción del hotel—. ¡Seguro que a ti también te ha pagado la zorra de mi ex por esta mala noche!

Se dio media vuelta y contempló la blanca pared de aquel tugurio. Incluso dando la espalda a la ventana, el reflejo fosforescente era sumamente molesto. Sin embargo se abrazó con fuerza a la botella, sin importarle que la mitad de su contenido se derramara sobre el colchón y salpicara su camisa arrugada, y mientras rondaba por su cabeza la idea de que él estaba jodido en un posta de mierda, y ellos estarían jodiendo en un hotel de lujo —dos conceptos diametralmente opuestos el uno del otro—, se escabulló a un azaroso sueño y quedó profundamente dormido.

Despertó dos horas más tarde, cuando el teléfono móvil comenzó a sonar estridentemente sobre la mesita.

Maurice se sobresaltó en la cama, y en cuanto abrió los ojos, sintió como un puño de granito penetraba en su cabeza y amenazaba con aplastar su cerebro con un solo golpe. Tuvo que masajearse la sien para despejar un poco el dolor y volver a ser dueño de sí mismo. Lentamente levantó el brazo derecho para atisbar su reloj, y a través del puño desabrochado, distinguió que las agujas marcaban las dos y media de la madrugada.

Cuando bajó el brazo y sintió la camisa empapada de whisky, justo por debajo del sobaco derecho, calló en la cuenta de que se había dormido abrazado a la botella.

—La madre que me parió... —refunfuñó mientras ponía la petaca boca abajo y comprobaba que no caía ni una sola gota.

La estridente y desagradable musiquilla del Torero de Chayanne —otro caprichito póstumo de la zorra de su ex— seguía emanando del móvil, convirtiendo la habitación del hotel en una apocalíptica cháchara-festivo-musical, más propia del tablao de un pueblo en plenas fiestas de agosto, que del móvil de un respetado psicólogo.



—Tu chilla, chilla, —masculló Maurice mientras observaba la pantalla del teléfono sin llegar a visualizar el nombre que aparecía en ella— que en cuanto cierres la boca, te mando a tomar por culo.

Pero el móvil no dejó de chillar, así que Maurice, exasperado, con el inacabable sonsonete del becerro incrustado en el lado más vulnerable de su masa encefálica, se precipitó sobre el odioso artefacto, y durante unos segundos forajeó con él encima de la cama.

Sus ojos se abrieron de par en par al vislumbrar el nombre que aparecía en la pantalla: *Víctor Guerra*.

—Joder...

Víctor Guerra era uno de sus pacientes. Bueno, realmente no acababa de serlo del todo, pues jamás había pagado un solo euro por recibir sus atenciones; más bien se trataba de un caso *adoptado por curiosidad*. Si, así gustaba llamarlo Maurice: *Adopción por curiosidad insana*.

Víctor Guerra, natural de la provincia de Teruel —o como solía decir él: de la España profunda y olvidada— era hijo único de una familia de agricultores. Vivía en un pequeño pueblecito medio abandonado llamado Castillejo, cuidando de su madre y de las tierras legadas por su padre en herencia.

El pueblo de Castillejo estaba situado en lo más profundo de la Sierra de Gudar, rodeado por amplias pinadas y por caminos impracticables, la mayoría de ellos abandonados por la mano de la civilización. Tras conocer al bueno de Víctor, Maurice había tratado de buscar información sobre Castillejo en internet, pero aquella diminuta población parecía evitar incluso la larga mano de la Madre Red. Finalmente llegó al convencimiento, de que tan esquiva villa debía de ser uno de esos reductos olvidados y en vías de extinción, que únicamente llegaban a llenarse los meses de agosto, y que con el paso del tiempo, acabarían convirtiéndose en un triste recuerdo para los que una vez moraron en él.

Lo cierto es que Castillejo no ofrecía ningún interés especial para un hombre como Maurice, sin embargo Víctor Guerra era bien diferente. Aquel mozo de treinta y siete años, soltero empedernido —y posiblemente también forzado— podría describirse como un claro ejemplo de caso de trastorno patológico con ligeros toques de esquizofrenia. Lo cierto era que Víctor Guerra no mostraba una patología muy diferente a la que pudiesen presentar otros muchos de sus pacientes, sin embargo el origen de aquella esquizofrenia era cuanto menos curiosa y atrayente, al menos para Maurice, que en sus veintidós años de profesión jamás había tratado un caso semejante.

Todo comenzó una anodina tarde-noche de domingo. Julia se había largado a jugar a tenis —o a que se la metiera mister musculitos; a día de hoy ya no lo tenía tan claro—, y Maurice se disponía a revisar su correo electrónico personal.



De repente cayó en la cuenta de que entre los mensajes de los amigos y los colegas de profesión, y las inacabables ristas de recomendaciones publicitarias, había un correo de origen desconocido y que llevaba el curioso título de: *Ábrame por favor. Es URGENTE. Se lo ruego.* Normalmente Maurice lo hubiera borrado sin llegar a ver el nombre, pero aquella mezcla de súplica y urgencia bastó para que la curiosidad del reputado psicólogo de la Cegy-Pontoise, fuera más incisiva que sus costumbres habituales, y que con un simple clic de ratón, abriera el mensaje que en los días, semanas y meses venideros, le hiciera indagar con más ganas sobre el extraño personaje llamado Víctor Guerra.

Sin embargo, por mucha curiosidad o interés que pudiera despertarle aquel pollo, las dos y media de la madrugada del día en que precisamente había firmado la sentencia de separación, no parecían horas, ni el momento más adecuado, para atender una llamada semejante.

Aguardó con la esperanza de que aquella musiquilla torturadora dejase de sonar, pero los minutos fueron sucediéndose, y el pinchazo en la cabeza se volvió tan desgarrador, que Maurice se vio obligado a apretar la tecla de desconexión.

Se hizo de nuevo el silencio, y su cerebro recobró los biorritmos habituales.

Maurice suspiró aliviado, y acomodándose en la almohada, volvió a depositar el móvil en la mesita. Pero su mano aun no se había apartado de la cómoda, cuando el estridente aullido del Torero volvió a retumbar entre las cuatro paredes.

¡¿Por qué cojones no había cambiado la música?! ¡Había dicho que iba a mandar a Chyanne a tomar por culo, y no lo había hecho! ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

Perdiendo la poca paciencia que le quedaba, se sentó en la cama, y se precipitó sobre el teléfono móvil, arramblando por el camino con el pequeño reloj despertador que había junto a la lámpara. Con una sacudida lo puso en marcha, y presa de una irritación incontrolable, se lo llevó a la oreja.

—¡Por el amor divino, Víctor! ¿Es que no has visto la hora que es?

Maurice parpadeó perplejo en la oscuridad de su hotel, y agudizó sus sentidos. La respuesta, fuese cual fuese, no llegó hasta su oído, sin embargo una fuerte explosión de estática acalló cualquier conato de voz.

—¿Víctor? ¿Víctor?

Nada en absoluto, tan solo estática.



Maurice suspiró resignado. Si de algo escaseaba el municipio de Castillejo y su contornada, aparte de lujos y confort, era de cobertura de telefonía móvil.

—¿Víctor? —repitió mientras doblaba la almohada y volvía a acomodarse en la cama— ¿Me escuchas, Víctor?

—... Maurice... Maurice...

Una voz débil y suave llegó desde el otro extremo de la línea.

—¡Víctor! ¿Se puede saber qué cojones haces llamándome un viernes a las dos de la madrugada?

Más estática.

El psicólogo lanzó un suspiro exasperado, y ya se disponía a apretar la tecla de Fin de Llamada para terminar con aquella conversación de lerdos, cuando cayó en la cuenta de algo que hasta ese momento le había pasado inadvertido. En efecto, eran las dos y media de la madrugada, y desde luego Víctor no se caracterizaba por ser una persona consecuente o cabal a la hora de efectuar sus consultas, pero... ¿Qué cojones estaba haciendo llamándole desde el móvil a una hora tan intempestiva? Por muy retrógrado que fuera el pueblo de Castillejo, los Guerra desde siempre habían tenido teléfono fijo en casa. ¿Por qué diablos, un ser sedentario y triste como Víctor Guerra, le llamaba desde el móvil un viernes a la madrugada?

La extraña sensación de que algo no andaba bien comenzó a revolotear por la cabeza de Maurice. Tan solo era un pálpito, pero había aprendido a hacer caso a aquella clase de sensaciones. Tal vez por eso refrenó sus ansias de colgar y volvió a sentir ese interés especial que le subyugaba cada vez que hablaba con Víctor Guerra.

Suspiró molesto consigo mismo, pues su subconsciente seguía diciéndole que ese no era el momento ni el lugar de hablar con un individuo tan desquiciado, pero aun así dio rienda suelta a su curiosidad.

—Víctor, ¿me oyes?

A través del ruido ambiental, Maurice llegó a captar un sí precipitado.

—¿Qué haces fuera de casa a las dos y media de la mañana?

—Ya está, Maurice —la voz de Víctor Guerra sonó un poco más clara a través de la cacofonía—. Lo tengo, lo tengo...

—Víctor, quiero que me digas qué diablos haces fuera de casa.



—Maurice, estaba plantado... —estática— ...no he podido frenar...—más estática— ... joder, Maurice, lo tengo...

De pronto comprendió que aquel ruido infernal no era estática, sino lluvia, y por la fuerza con que caía, debía de ser un aguacero de los mil demonios.

—Víctor, por Dios, ¿sabes la hora que es? ¿Por qué cojones no estás en casa?

Pero la voz nerviosa del otro continuó parloteando a través de aquel sonido demencial, entrecruzándose con la lluvia, y las idas y venidas de la cobertura.

Maurice se reclinó en la cama y trató de acomodarse, tenía el presentimiento que se presentaba una velada muy, muy, muy larga. Lo primero que debía de hacer era tomar las riendas de la conversación. No permitir que los delirios de Guerra lo arrastrasen a derroteros irreales o poco convencionales. Para ello tenía una fórmula infalible:

—Víctor, o paras y te tranquilizas, o te cuelgo ahora mismo y apago el móvil.

Silencio absoluto.

Maurice sonrió y continuó hablando.

—Muy bien, Víctor, así se hace. Ahora dime, ¿por qué cojones no estás en casa a las dos y media de la madrugada?

—Lo he visto, Maurice, estaba allá, muy lejos. Venía del campo, y lo vi pasar por encima del parabrisas. ¡La madre que lo parió! Se movía como una centella... —Las últimas palabras se vieron coreadas por una risita histérica.

—Víctor, no te embales, escúchame por favor. ¿Sabe tu madre que estás deambulando solo por la pinada?

—¡Joder, cómo lo va a saber! Si no he ido a casa todavía.

Maurice volvió a suspirar exasperado, y se pasó la mano por la cara, tratando de revelarse a ese latido insistente que retumbaba en el interior de su cráneo. No conocía a la señora Guerra, sin embargo la compadecía por tener un hijo como Víctor.

—¿Me quieres decir que tu madre no ha tenido noticias tuyas desde que saliste de casa para trabajar? —preguntó el doctor con tono inocente, sabiendo que Víctor era capaz de eso y más.

—No, Maurice, pero eso no importa porque...



—¡Claro que importa, Víctor! Tu madre debe de estar al borde de un colapso nervioso.

—¡Que no, Maurice, que no! Que no importa. Ya la llamaré luego. Tú calla y escúchame por favor...

Maurice, sintiendo en su cabeza el retumbar producido por la resaca de Jack Daniel's, cerró los ojos y trató de imaginarse la escena que podía estar aconteciendo al otro lado de la línea telefónica. Un camino –pues seguro que a aquella vía pecuaria no se le podía otorgar el título de carretera– perdido en mitad de kilómetros y kilómetros de pinada virgen, probablemente a una distancia monumental de Castillejo, o de cualquier otra zona mínimamente civilizada. El vehículo de Víctor Guerra, un viejo Land Rover de la época de los Picapiedra, parado en la cuneta, completamente embarrado y con las luces de carretera en marcha. Noche de luna creciente; el frío cortante de Teruel, que en mitad de la sierra, podía llegar a rondar los seis o siete grados centígrados en aquella época del año. Una lluvia copiosa y abundante que no dejaba de lacerar el asfalto, y sobre todo, oscuridad. La más absoluta oscuridad.

Maurice sufrió un escalofrío y durante unos segundos echó de menos el contenido de su amiga la petaca.

Victor, por favor, vete a casa. Pero aquellas vagas palabras no llegaron a brotar de su boca, más bien quedaron postergadas a un simple pensamiento.

—Maurice... Maurice... ¿Me escuchas?

—Sí... Víctor, sí. Te oigo.

—Te digo que está en mitad de la pinada, a tan solo unos metros del camino.

Un nuevo escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Acaso tenía frío? ¡Joder, si hacía tan solo unos minutos estaba empapado de sudor!

Casi le daba miedo preguntar, pero...

—¿Quién está a unos metros del camino?

—¡Joder, Maurice! ¿Es que no me estás escuchando? Te digo que lo he atropellado y el cabrón se ha ido corriendo al bosque. ¡Hijo puta, me ha abollado todo el capó! Un poco más y salgo disparado por la ventanilla.

Esta vez, el tono de voz de Víctor estaba dominado por un histerismo inhumano. O se encontraba delirando, o al borde de un ataque de nervios.

—¡Víctor! ¿Has atropellado a alguien? —balbuceó el psicólogo alarmado y sintiendo como la garganta se le ponía seca.



—¿Pues cuantas veces te lo tengo que decir? Yo estaba conduciendo hacia donde la luz se había perdido en el bosque, y de pronto vi movimiento entre la maleza. Joder, el cabrón salió como un rayo y se plantó en mitad del camino. ¡Como oyes, Maurice! Vio que el coche se le venía encima, y se plantó en medio de la carretera, como si tal cosa. Y a pesar de que tenía puestas todas las luces, y que durante unos segundos se vio deslumbrado, tuvo tiempo de mirarme a los ojos, y yo a los suyos. —Una nueva carcajada acompañó al profuso sonido de la lluvia—. Joder, Maurice, casi me meo en los pantalones. Que feo era, por Dios. No me dio tiempo a frenar, y lo embestí a cincuenta kilómetros por hora. Fue como topetar contra un pino de más de mil años. El capó se hundió como una cáscara de huevo y mi cabeza estuvo a punto de atravesar el maldito parabrisas...

—¿Estás herido? ¿Te desmayaste? —acertó a balbucear Maurice incapaz de asimilar todo lo que acababa de escuchar.

—Na, solo una brecha de nada —pero lo cierto era que Víctor bien podía ir con media cabeza abierta, y seguir adelante con sus delirios—. Lo importante es que mientras me enderezaba en el asiento medio mareado, pude ver como el cabronazo se incorporaba entre el resplandor de las luces, y volvía a perderse entre los árboles. Sin embargo estoy seguro que iba herido. Caminaba renqueando, y por todos lados hay sangre. ¡Joder, tengo el capó del coche lleno de sangre!

—Dios mío, Víctor. Dime que me estás gastando una broma.

Una vez más aquella carcajada histérica.

—¡Maurice, amigo mío! Ya lo tengo. Está ahí. A tan solo unos metros. Entre los pinos, jodido como un perro atrapado.

Maurice tenía ciertas dificultades para respirar, y esta vez estaba seguro que no era a causa del alcohol. Además, los escalofríos habían dejado paso a una capa helada de sudor. Se removió inquieto en la cama, imaginándose a Víctor Guerra, en mitad de aquel pinar siniestro, con el coche medio destrozado, la cara manchada de sangre, y carcajeándose con aquella risa de loco perturbado.

¡Dios mío! ¡Había dicho que había atropellado a alguien! ¡El muy inconsciente, en su delirio, se había llevado a alguien por delante!

Sin embargo eran las dos y media de la madrugada. ¿Quién podía rondar por la pinada a las dos y media de la madrugada? ¡Un cazador! ¿Quién sino? Un cazador que se había adentrado en la espesura en busca de conejos... o de perdices... o de jabalíes... ¡No, no, no, no! ¡Eso no era posible! ¡No era temporada de caza! ¿O sí? En noviembre no había cazadores en los bosques. La caza era en verano, cuando los turistas llenaban los pueblos y desempolvaban las



escopetas. ¿O no? ¡Y él qué coño sabía! ¡En la vida había empuñado una escopeta! ¿Cómo cojones iba a saber si era temporada de caza?

Siempre te han faltado cojones para empuñar una escopeta, fracasado.

La voz de Julia resurgió en su cabeza, burlona y estridente. Como el chirrido molesto de un mosquito cojonero que no deja de rondar junto al oído. Fustigándole con la misma saña como lo había hecho horas antes en el despacho de los abogados.

Zorra, zorra, zorra, zorra.

Con un suspiro, Maurice trató de quitarse aquella imagen de la cabeza y volvió a concentrarse en el caso que llevaba entre manos, lo suficientemente importante como mandar a Julia a tomar por culo y preocuparse únicamente por el hecho de que Víctor podría haberse llevado a alguien por delante, fuese cazador o no. Alguien que probablemente ahora estuviera desangrándose en el bosque.

—¡Víctor! ¿Qué has hecho?

—Estás orgulloso de mí, ¿verdad? Al final yo tenía razón... ¡Existen, y vienen a por mí!

—Víctor...

—¿Cuántas veces te lo había advertido? ¿Cuántas veces te lo había dicho? Castillejo es un foco. Vienen por las noches y zumban por toda la zona, como abejas en un panal. Yo no sé qué cojones ven aquí, pero cuando todo el mundo se está marchando, ellos vienen a visitarnos. —Más risas, y un fregonazo de lluvia—. Ellos se llevaron al viejo Alcaparras. Todo el mundo dijo que se calló a la acequia cuando buscaba rebollones, pero lo cierto es que se lo llevaron... ¡A plena luz del día! Y la niña María... desapareció cuando jugaba en el bosque con su hermana, y la pobre Lucía llegó a su casa traumatizada, diciendo que había visto algo...

Lo cierto era que a los pocos días encontraron el cuerpo del tal Alcaparras hundido en un lodazal, lleno de moscas y barro sedimentado, más tieso que un ocho. Y la niña María era uno de los muchísimos casos en España de desaparición sin una explicación convincente. Maurice se había tomado la molestia de buscar aquellas historias anónimas en el Heraldo de Aragón después de haberlas oído de labios del propio Víctor Guerra, sin embargo en la cabeza de su paciente no cabía una explicación tan lógica. Él seguía obsesionado con *ellos* y sus intrínsecos métodos de investigación, obviando en todo momento la lógica que trataba de inculcarle Maurice.



—Pero mira, ¿sabes lo que te digo? Que a este ya se le habrán pasado las ganas de hacer visitas. Esto ha sido por el viejo Alcaparras, y ahora, cuando lo pille por banda, va a recibir por parte de la pequeña María.

Maurice escuchó pasos entre los charcos, y de inmediato comprendió que su paciente caminaba bajo la lluvia, alejándose del coche.

—¿A dónde vas, Víctor?

—¿A dónde voy a ir? Pues a buscarlo.

Maurice se acarició el pelo y sintió la palma de la mano empapada en sudor.

¡A dónde cojones iba ese insensato! ¡Acababa de atropellar a alguien, y aún iba en su búsqueda para ajustar cuentas con él!

—Víctor, por favor. Quédate donde estás y llama a la policía, o mejor aún, a los servicios de urgencia, o a una ambulancia.

Los pasos se detuvieron y Maurice respiró aliviado. Al menos conservaba el juicio lo suficientemente como para escucharle.

Durante unos segundos reinó un intenso silencio. Finalmente, la voz de Víctor Guerra, impregnada de un extraño tono irracional, resonó entre la lluvia.

—¿Quieres que cuelgue, Maurice?

El psicólogo se quedó sin habla. ¿Y ahora qué? En el estado de desenfreno en que se encontraba Víctor Guerra era capaz de cometer cualquier locura. No podía arriesgarse a dejarlo solo en mitad de su delirio. Había demostrado tal grado de demencia, que podía cometer una agresión, o un asesinato ¡o Dios sabe qué!

—No, no cuelgues. —Se apresuró a responder Maurice. Prefería mantenerlo controlado con su voz, a colgar el móvil y dejarlo a merced de su esquizofrenia. Aun así dudaba que pudiese controlar sus reacciones a través de un simple teléfono.

—Claro que no —respondió Víctor con aquel tono de voz que producía escalofríos—. Al fin y al cabo estamos solos. Él y yo. Los servicios de la Guardia Civil tardarían en llegar más de dos horas para entonces ya sería demasiado tarde.

—¿Qué piensas hacer, Víctor?

—Voy a dejarle bien claro quién manda en este mundo.



Y entonces la comunicación sufrió una convulsión, y durante unos segundos Maurice llegó a pensar que la llamada se había cortado. Cuando el ruido de la llovizna volvió a resonar en el móvil, y los jadeos de Víctor Guerra, que ahora caminaba entre la maleza, volvieron a retumbar por el altavoz, el psicólogo dejó de contener el aire y volvió a respirar.

De reojo miró su reloj y comprobó que eran las tres de la mañana. Había pasado media hora desde que comenzó su comunicación con Víctor Guerra. Una vez más trató de imaginar lo que estaba sucediendo al otro lado de la línea y visualizó la borrosa imagen de aquel insensato, sujetando el móvil con la mano derecha, la cara embadurnada de sangre y lluvia, con una brecha en mitad de la frente, empapado como una sopa, haciéndose paso entre la maleza, y adentrándose en una pinada oscura y tenebrosa. Los árboles alzándose como funestas sombras, tan lóbregos y siniestros, que parecían abandonados desde el mismísimo día del génesis. Lloviendo a cántaros, y el susurro misterioso de la noche envolviéndolo.

De pronto, y contra todo pronóstico, Maurice fue presa del miedo. Sabía que no debía contemplar ni tan siquiera aquella teoría, pues todos sus estudios, todas sus creencias, todos sus dogmas de fe, y en resumen, los pilares básicos de su existencia, estaban en contra de los delirios de un perturbado, sin embargo, aquella tenebrosa noche, cuando Víctor Guerra al otro lado del teléfono, resollaba y caminaba por la maleza, adentrándose en un bosque oscuro, Maurice Deberó se planteó por primera vez en toda su vida, la posibilidad de que aquél loco desquiciado no estuviese tan loco como daba a entender, y quizás, solo quizás, tuviera algo de razón.

Una gota de sudor frío recorrió su espalda, y todo su cuerpo fue presa de una violenta convulsión.

¡Pero qué cojones estaba diciendo! El alcohol le había afectado a la cabeza. Mejor dicho, el asunto de Julia estaba nublando su buen juicio. ¿Víctor Guerra en lo cierto?

Lanzó una carcajada para contradecir sus pensamientos, pero algo muy dentro de él seguía diciéndole burlonamente que aquella risa era tan falsa como los delirios de Víctor Guerra. Amargado, se reprochó a si mismo el hecho de que se hubiera dejado arrastrar por la imagen de Julia, incluso que hubiese perdido un mínimo ápice de su valioso tiempo pensando en ella.

De pronto la imagen del Land Rover destrozado volvió a su cabeza. No sabía si la veda de caza se abría en noviembre, mayo, julio o agosto, pero de lo que sí estaba completamente seguro era que los cazadores no destrozaban los capós de los todo terrenos al ser arrollados. Y desde luego, Víctor Guerra no estaba tan loco como para imaginarse una colisión, y luego ver la carrocería de su coche destrozada.



...no sé qué cojones ven aquí, pero cuando todo el mundo se está marchando, ellos vienen a visitarnos...

Maurice sintió náuseas, y durante unos segundos el alcohol ingerido se le agrió en el estómago, provocándole arcadas.

Instintivamente miró hacia la habitación, y se sintió aliviado al ver que el cartel de neón seguía propagando su molesto resplandor en las paredes. De no ser así, hubiese estado a oscuras... como el siniestro mundo que habitaba Víctor Guerra, donde los árboles eran extraños espectadores y aquello, fuese lo que fuese, podía estar desangrándose en lo más profundo de la estepa.

Sintió ganas de volver a asomarse por la ventana, de volver a contactar con la vida caótica de Barcelona, y alejarse de una vez por todas de aquel tenebroso paisaje que ahora plagaba su mente, pero no pudo. Víctor Guerra seguía respirando en su oído, la lluvia seguía cayendo, y las pisadas del apurado mozo retumbaban en su cerebro estruendosamente, aproximándolo más y más a algo que Maurice ni tan siquiera se atrevería a contemplar.

Pero Víctor Guerra no era Maurice, ni tampoco una persona sensata. Víctor Guerra era la clase de hombre capaz de perseguir luces extrañas en el cielo, de adentrarse en caminos abandonados, y penetrar en una pinada oscura y lúgubre, aun sabiendo que su vida pudiera peligrar.

—Víctor... Víctor... ¿Me escuchas?

Maurice se imaginó su propia voz saliendo de un teléfono estrangulado por unos dedos ansiosos, vagando por la noche, y perdiéndose en la oscuridad, muy lejos de unos oídos que solo prestaban atención a lo desconocido.

¡Tenía que llegar hasta él a cualquier precio! ¡Tenía que hacerle reaccionar antes de que pudiera dar con... con *ellos*!

Inevitablemente, y una vez más, la imagen de Julia volvió a surgir en su cabeza. ¿Qué le diría ella si pudiera verlo en aquel instante? Seguramente se reiría de él y le tacharía de perdedor, de iluso, de estúpido...

Que te jodan, Julia.

—¡Víctor, por Dios, escúchame! —estática— ¡Víctor, por...

—¿Qué quieres?

Maurice suspiró aliviado cuando la voz de su paciente, convertida en un susurro rasposo y tenso, golpeó su oído.

—Sal de ahí inmediatamente.



—¿Qué... qué dices?

—Que salgas de ahí inmediatamente.

Los pasos se detuvieron una vez más, y Maurice sintió un ramalazo de euforia. ¡Había logrado volver a captar la atención de aquel loco desequilibrado!

—¿Por qué? —Ahora la voz de Víctor denotaba cierta inocencia. Su mente defragmentada y dañada era incapaz de asimilar una respuesta que a Maurice se le antojaba obvia y hartamente convincente.

—Víctor, ¿te has parado a pensar en lo que estas haciendo?

Silencio.

—¿Qué te hace creer que vas a poder con algo que ha resistido el impacto de tu coche, se ha levantado, y se ha escapado al interior de una pinada?

Más silencio.

—¡Por Dios, Víctor, sal de ahí cagando leches, vuelve a tu coche, enciértrate en él, y llama inmediatamente a la policía!

Una vez más tan solo pudo escucharse el crepitar de la lluvia, el zarandeo del viento, y la crispación del silencio.

Maurice apretó tanto el móvil contra la oreja, que sintió los nudillos engarrotados, el sudor empapando sus patillas, y un agudo pinchazo en el tímpano derecho; aún así no movió el auricular ni un solo centímetro de su oído.

—No.

La respuesta llegó tan de repente, y fue tan simple y lacónica, que Maurice llegó a dudar de que realmente la hubiese escuchado.

—¿Cómo?

—He dicho que no, Maurice. No voy a volver al coche. No hasta que mire a ese maldito cabronazo de nuevo a la cara.

—Pe-pe-pero ¿por qué?

—Ya estoy hartito de que todo el mundo me tome por loco. Ya estoy hartito de las risillas en el bar cada vez que entro. Ya estoy hartito de que mi madre agache la cabeza cuando va a la panadería. Ya estoy hartito de que los cuatro críos del Castillejo me llamen papanatas.



Maurice, aún a sabiendas de que Víctor Guerra no podía verlo, afirmó con la cabeza. La dignidad de un hombre tenía un límite, y aquella pobre víctima, tras muchos años de sonrojo, había llegado a ese límite. Hoy, Víctor estaba dispuesto a cruzar el umbral de su propia locura, iba a demostrar al mundo que era un hombre tan cabal como cualquier otro, aún a sabiendas de que para obtener una respuesta convincente, tendría que mirar a la cara al mismísimo diablo.

—¿Y sabes otra cosa, Maurice?

El psicólogo fue incapaz de responder, así que el otro continuó hablando:

—Estoy hasta los cojones de que esos cabrones sigan llevándose a los nuestros para enchufarlos a esas máquinas infernales. Te aseguro que hoy me van a dar unas cuantas respuestas, y por su bien espero que sean convincentes.

Dicho esto, y sin esperar una contestación, Víctor Guerra continuó adelante con su cruzada, adentrándose en la oscuridad y perdiéndose entre las sombras.

Maurice, por su parte, se puso más tieso de lo que ya estaba, y sintió la lengua pegada al paladar. El ambiente en la habitación era claustrofóbico, y cada vez que centraba sus sentidos en el auricular del teléfono era como sumergirse en una diabólica pesadilla.

Los minutos fueron transcurriendo, y conforme Víctor Guerra fue adentrándose más y más en la pinada, la sensación de que iba a suceder algo horrible fue subyugando a Maurice. En más de una ocasión se sorprendió a sí mismo comprobando que no quedaba nada que beber en la botella. El latido incesante que retumbaba en su cabeza se hacía demoledor y angustioso.

Tenía que haberse largado a la calle en vez de permanecer en aquel tugurio. Su subconsciente se lo había advertido, nunca fallaba: lárgate o esta noche te joderán... y bien jodido. Y él, gilipollas de nacimiento, había preferido ignorar esa vocecita sabia, en vez de aceptar su consejo, y buscar un refugio donde apartarse de Víctor Guerra y su dichosa conspiración. Pero toda la culpa la tenía ella: la cabrona de Julia. Ella tenía que estar en esa cama, jodida por culpa de un loco. Ella tenía que estar en mitad de una resaca, devanándose los sesos mientras se debatía entre las ideas de un perturbado y los dogmas de una razón inapelable. Pero no, ella era la que estaba follando en una suite de un hotel cinco estrellas, celebrando que se había librado de una vez por todas de su marido calvorotas, y a él le tocaba estar pendiente de la vida de un hombre.

—Maurice... Maurice...

El psicólogo se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano, una vez más, y dejó los ojos en blanco.



—Maurice...

La vocecilla de Víctor Guerra le devolvió a la realidad.

—Maurice...

—¿Sí, Víctor?

Se aferraba al móvil ansiosamente, sintiendo como los nudillos se le enrampaban.

—Maurice... aquí no hay nada... —La voz de Víctor sonaba desconcertada, presa de un creciente desconsuelo.

—¿Cómo? ¿Cómo? Repite...

—Que digo que aquí no hay nada.

—¿Có-cómo que ahí no hay nada?

—Que no está Maurice. El rastro de sangre se corta en mitad del bosque, y no hay más pistas de él... Ha desaparecido.

¡Eso era imposible! Nadie desaparecía en mitad de la noche sin dejar una pista. Eso no podía pasar ahora, no cuando estaban tan cerca... Sin embargo estaban hablando de ellos... de *ellos*. Ellos que eran capaces de cruzar el infinito, de realizar grandes distancias en tan poco de tiempo, de arrastrar consigo familias enteras y borrar imágenes de la mente... No... no podía ser...

¡Demonios! ¡Pero qué cojones estaba diciendo!

¡Estaba delirando! ¡Estaba delirando por culpa de Víctor Guerra!

Por culpa de Víctor no. Se obstinó en murmurarle aquella vocecilla insidiosa. Es por culpa de Julia ¡de Julia!

¡Claro que sí! ¡Ella era la culpable! La muy puta y su conejillo de indias. Ellos dos tenían la culpa de que estuviera escuchando a un loco perturbado a las tres y cuarto de la madrugada. Si no hubiese estado tan jodido, si no hubiera estado tan borracho, ¡¡si no hubiera firmado esa misma tarde los malditos documentos del divorcio!!, ahora mismo Víctor Guerra estaría criando malvas en la puta mesita de noche.

Una vez más aquella aguja invisible atravesó dolorosamente su cerebro, de parte a parte, y Maurice tuvo que llevarse los dedos a la sien para acallar las palpitaciones.



—Maurice...—la vocecilla de Víctor sonaba confundida al otro lado del aparato— Maurice... ¿ahora qué hago?

¿Que qué haces? ¡Ahora te metes el móvil por el culo!

—Vuelve al coche inmediatamente, Víctor, y regresa a casa —murmuró el psicólogo más molesto consigo mismo que con aquél pobre desgraciado.

—Pero si está destrozado... —argumentó en tono lastimero.

—¡Pues llama a la grúa! —exclamó exasperado.

Y de paso que saquen de los bajos del coche la puta piedra que te has llevado por delante, cegato de mierda. Añadió para sus adentros.

¡Qué estúpido había sido! ¿Cómo diablos alguien de su reputación había caído en los delirios de un paleta como Guerra? La respuesta era sencilla y por lo tanto infalible. Había sido un cúmulo de circunstancias, no cabía duda. Primero el viaje presuroso hasta Barcelona, sin tiempo para elegir hotel, luego el reencuentro con Julia y su play-boy, la tensión en la reunión con los abogados, los papeles, y luego las malas influencias del amigo J.D.

Sí, no cabía duda, aquellos habían sido los detonantes para cometer el craso error de dejarse influenciar por Víctor Guerra. Tenía una justificación... mejor dicho, tenía muchas justificaciones para aquél momento de delirio. Pero el juego había terminado, y ya era hora de tomar nuevamente las riendas de la situación.

—Víctor, ¿me oyes?

Silencio de nuevo.

—Víctor Guerra, vas a volver ahora mismo a tu coche y vas a llamar a tu madre. La pobre debe de estar al borde de un ataque. Después regresarás a casa, te pegarás una buena ducha y te meterás en la cama, ¿comprendido?

De nuevo el sonido de la lluvia como única respuesta. O quizá había algo más...

Maurice agudizó el oído y pudo escuchar el rasposo sonido de una respiración pesada.

—¿Qué pasa ahora, Víctor? —preguntó curioso— ¿Víctor?

—¡Hay algo ahí! —El grito de Guerra se entremezcló con un fognazo de estática y con el chisporroteo de la lluvia.

—¿Cómo?



—¡Hay algo tras la maleza, Maurice! Se mueve...

¡Joder! Vuelta a empezar... ¡Víctor y sus malditos delirios! Pero esta vez no se iba a dejar atrapar. No señor. El gato no volvería a convertirse en ratón, y el ratón en gato. Esta vez no.

—Víctor, adelante —murmuró esbozando una sonrisa maliciosa, imaginándose al delgaducho Víctor Guerra en mitad de la espesura, chopado por una interminable cortina de agua, y observando entre los hierbajos un bulto que posiblemente no llegaba a existir más allá de su mente trastornada—. Ve con él...

—¿T-tú crees? —balbuceó el otro, y en ésta ocasión el miedo sí que se distinguía claramente entre sus balbuceos.

—Claro que sí, Víctor —respondió en un susurro, mientras la sonrisa se ensanchaba en sus labios—. Ve, acércate a él, y mírale a los ojos. Pregúntale por qué mataron al viejo Alcaparras... o por qué se llevaron a María. Ve y pregúntaselo.

—Pe-pero Maurice... si antes dijiste que podría ser peligroso...

¿Peligroso? ¿Peligroso?

Maurice Deberó dejó escapar una risilla demente y se acomodó de nuevo en la cama.

—No hay peligro, Víctor. Te aseguro que no lo hay. Ve y mírale a los ojos. Míraselos, porque lo estás deseando... —el psicólogo casi podía vislumbrar la obsesión de Víctor Guerra en su cabeza. Ese era su don. Catalogaba las fobias y las visualizaba en su mente, como retratos dispuestos uno al lado del otro, como pequeñas diapositivas en las que la acción y el suspense transcurrían lentamente. Y ahora la de Víctor Guerra lo ocupaba todo, absolutamente todo, como el gran cartel de neón que seguía derramando fogonazos en toda su habitación—. Vamos Víctor, acércate a él y míralo directamente. Es lo que tanto has estado buscando desde hace mucho tiempo, lo que tanto has deseado ver. Pues míralo ahora, no te acobardes.

La respuesta llegó con un simple suspiro y el sonido lejano, muy lejano, de una serie de pasos aproximándose a algo que se ocultaba en la espesura, acompañó al ruido de la lluvia.

Maurice Deberó, tumbado en su cama, podía cerrar los ojos y era capaz de visualizar al bueno de Víctor adentrándose más y más en aquella cueva negra. Los ruidos se entremezclaban en su cabeza con una nitidez clarividente: la lluvia golpeando su chaleco, el crujido de las suelas de caucho al aplastar las hojas secas y las agujas de pino, el roce de los espinos contra sus pantalones...



Todo era una amalgama de sonidos, que como una sinfonía de colores, se entremezclaba en su subconsciente, y formaban una acuarela tenebrosa y maligna.

—¡Maurice! —La voz de Víctor Guerra volvió a retumbar en el móvil— ¡Maurice! ¡Lo estoy viendo! Joder... Le veo el brazo, Maurice.

—Describémelo, Víctor —respondió el doctor mostrando falso interés.

—Está... está tras unos matojos... No le veo el resto del cuerpo, pues creo que está tumbado de lado. Sí, sí, está de lado. Su brazo... Oh, Dios mío... que delgado que es... parece anoréxico. Y su piel es blanca... como transparente... y las venas... s-se le transparentan...

Maurice se apresuró a recoger un bloc de notas que tenía sobre la mesita de noche y su inseparable bolígrafo Parker —un regalo de Julia en su trigésimo octavo cumpleaños—. Durante unos segundos se olvidó de la temblorosa voz de Víctor Guerra y aproximó la estilográfica a su nariz. El metal no olía a nada, no obstante, la mente divagante de Maurice, se recreó en un perfume imaginario que su instinto todavía retenía en lo más profundo de su cabeza. Su corazón volvió a comprimirse en su pecho ante la retahíla de recuerdos que acudieron a su mente, y durante unos instantes las lágrimas pugnaron por brotar de sus ojos.

No... no lo iba a hacer... ella no lo merecía.

—Maurice... se está moviendo. ¡Se está moviendo!

Sí, ella también se movía muy bien en la cama. Solía ponerse encima de él. Le encantaba dominar la situación con su poderoso golpe de cintura. Le encantaba sentir su madurez en lo más profundo de su seno. Incluso había veces que le arañaba el pecho mientras le pasaba la lengua por la mejilla.

¿Se lo estaría haciendo ahora a él?

—Zorra, hija de puta...

—Maurice, ¿qué dices?... —balbuceó Víctor Guerra— ¡Como no hables más alto no se te escucha nada!

—Estaba pensando en voz alta, Víctor, perdona —se apresuró a responder, todavía con un agrio sabor en el paladar—. ¿Qué pasa ahora? Cuéntame.

—S-se mueve, Maurice. Está vivo... está vivo...

—¿Y cómo es?



—No... no lo sé...—la voz de Víctor Guerra sonaba más insegura que nunca, como si el miedo dominara todos sus instintos.

¡Condenado hijo de puta! ¿Ahora te vas a achantar?

—¡Cobarde de mierda! —El grito le salió sin pensarlo, de muy dentro; sin embargo tenía que dar rienda suelta a toda la frustración acumulada, y el insustancial Víctor Guerra tenía todos los números para convertirse en la diana— ¡Toda tu puta vida persiguiendo fantasmas, y ahora que los tienes al alcance de la mano... ahora te meas en los pantalones! ¡Eres un gallina y un cobarde! ¡Corre a tu coche! ¡Enciértrate en él como una rata y echa el seguro! Vuelve a tu pueblo con la cabeza bien gacha y que los niños se sigan riendo de ti en tu cara. Que tu madre deambule por las tiendas ridiculizada, y que esta vez tu patetismo sea tan acuciante, que no seas capaz ni de mirarte a un espejo. ¿Y sabes por qué, Víctor Guerra? Porque cada vez que se rían de ti, lo harán con razón, porque en tu mano tuviste la oportunidad de obtener esa prueba que tanto andabas buscando, porque en tu mano está la posibilidad de demostrar a todo el mundo que ellos eran los equivocados y no tú. Si la dejas pasar, si esta noche das media vuelta y vuelves al coche con el rabo entre las piernas, demostrarás que solo tienes lo que te mereces, y durante toda tu vida serás un ser patético y mediocre... un perdedor... como lo has sido hasta ahora, Víctor Guerra.

Maurice terminó aquella frase y respiró hondo. Su rostro estaba congestionado, y solo al final, por el intenso dolor que sentía en la garganta, comprendió que había estado gritando. Volvió a enjugarse la frente con el dorso de la mano y volvió a atender al teléfono.

Al otro lado solo se escuchaba el sonido de lluvia.

Los siguientes minutos que pasaron fueron los más tensos y desagradables que acontecieron desde el inicio de la conversación. Víctor Guerra había enmudecido; tan solo podía escucharse su respiración agitada al otro lado de la línea, y durante ese lapsus de tiempo, el psicólogo comprendió que aquel hombre se estaba enfrentando a la peor decisión de toda su vida.

¿A qué esperas, Víctor? murmuró aquella voz sibilina e interna que tanto le molestaba. Sigue adelante... no pienses en nada... Es lo que has deseado toda tu puta vida: mirarles a la cara... pues mírale hoy... lo tienes delante de ti, indefenso, a tu merced. Tan solo son unos pocos pasos, enfréntate a él, y mírale a los ojos... No te conviertas en un ser patético... mírale... mírale...

—Voy a hacerlo —la respuesta de Víctor Guerra fue contundente y rotunda, pero no por ello carente de tensión.

—¡Muy bien! —esta vez la vocecilla interna resonó al mismo tiempo que su propia voz—. Eso es... demuéstrole quién es el puto amo...



Más pasos en la oscuridad. Botas hundiéndose en el fango, la lluvia cayendo en el vacío... y... y ¿quizás algo más?

No va a encontrar nada, Maurice. Siseó la vocecilla ahora más tranquilizadora. Lo has hecho muy bien. Hoy por fin se dará cuenta de que no hay nada más que delirios... falsos delirios.

¿Acaso una respiración rasposa?

¡No, claro que no! Ese era Víctor Guerra... sólo podía ser él...

—¿Qué ves, Víctor?

—Oh, Dios... Maurice... lo estoy viendo... —ahora la voz de aquel pobre hombre le llegaba en un murmullo casi imperceptible.

El psicólogo suspiró hondo. ¡Aquello era lo que le faltaba! La locura que acuciaba a Víctor no era solo mental, sino también visual. Pero llegados a ese punto, ¿qué más daba? Maurice estaba intrigado por saber hasta qué punto llegaba la paranoia de aquel pobre hombre.

—Describémelo. Quiero saber cómo es.

—No puedo... Maurice... —la voz de Víctor Guerra sonaba imperceptible, entremezclándose con el ruido de la lluvia y con aquel... ¿qué coño era eso? ¿un jadeo?— lo tengo a solo cinco metros... y... y está vivo, joder. Está vivo.

¡Aquello eran excusas inaceptables! Maurice no estaba dispuesto a dar marcha atrás, no después de tantos años siguiendo la esquizofrenia de Guerra. ¡No era justo que ahora se quedara con la miel en los labios! ¡No lo iba a permitir! Aquel ridículo hombrecillo no iba a dejarlo en la estacada, hoy no, con Julia ya era suficiente.

—¡Dímelo!

—No puedo... —la voz de Víctor Guerra se deformó por el llanto, entremezclándose con la angustia y con un miedo irracional, casi primario— tengo miedo...

—¡Dímelo, gilipollas de mierda!

Eso es, vaquero, demuéstrole quién manda aquí. Demuéstrale quién lleva las riendas.

Aquel sonido tan extraño se hizo más fuerte. ¿Víctor Guerra respiraba así? Imposible.



—Maurice... va... va desnudo... es... es de piel blanca... sin pelo... —la voz de Víctor Guerra se había convertido en un extraño chirrido desesperado.

Un terror irracional, entremezclado con una apurada sensación de agobio, rezumaban por el auricular del teléfono móvil. Incluso el psicólogo, cómodamente aposentado en la cama, comenzó a sentir un desagradable tirón en los costados... ¿Acaso volvía a ponerse nervioso?

Las palabras de Víctor Guerra seguían emergiendo con una cadencia irregular del otro lado del aparato.

—... No tiene pelo, pero parece que todo su cuerpo está salpicado de poros... ¡Oh, Dios Mío! ¡Se ha vuelto hacia mí!

—Sigue, Víctor, sigue —mientras hablaba, el bolígrafo de Julia iba dibujando apresurados trazos en el bloc de notas.

—... es... es delgado hasta lo extremo... y su cabeza es ovalada... no, con forma de copa... ¡Dios mío, Maurice! Quiero irme a casa... ¡Sus ojos! ¡Me está mirando, Maurice!

—¿Cómo son?

—¡Negros! ¡Negros como la noche! Dios mío... dios mío...

—Sigue, sigue, sigue... ¡No pares ahora!

—Sus brazos son muy largos... tanto como sus piernas...y sus manos... sus manos tienen garras. Y tiene membranas entre los dedos... ¡Es horrible! —Víctor Guerra no pudo reprimir el llanto por más tiempo, y sus sollozos se entremezclaron con aquel extraño jadeo— ¡Dios mío! Tiene medio esternón abierto, y derrama mucha sangre... p-pero s-se está levantando...

—Cuéntame más.

¿Qué era aquél sonido? ¿Qué cojones era aquél sonido? ¿Qué alguien se lo dijera!

—Quiero irme de aquí...

—¡Cuéntame más, so cabrón!

—N-no tiene nariz... y sus piernas... son normales... como los de cualquier hombre... ¡Dios! S-se ha puesto de pie... me sigue mirando... Dios mío... sus ojos... sus ojos...

—¿Qué sucede?



—Sus ojos... me miran... me miran...

La frase concluyó en un grito desgarrador que estremeció por completo a Maurice. Aproximó aún más el auricular del teléfono a su oreja, hasta aplastarse casi el tímpano, y entonces pudo oírlo perfectamente. Aquel sonido rasposo se entremezclaba con los gemidos desesperados de Víctor Guerra. Al principio Maurice pensó que podría tratarse de un animal, sin embargo aquel extraño sonido no concordaba con nada de lo que el estupefacto psicólogo hubiera escuchado hasta entonces.

El retumbe de la lluvia se entremezcló con una sucesión de jadeos –y ésta vez sí que eran los de Víctor Guerra. Maurice no podía estar más seguro–, y aquel ulular tan extraño que erizaba el vello de solo escucharlo.

¡Todo transcurrió muy rápido! Apenas fueron unos segundos, sin embargo Maurice lo recordaría el resto de su vida.

Los resuellos del pobre Víctor se convirtieron en gritos estridentes... chillidos tan escabrosos que Maurice estuvo a punto de romper a llorar allí mismo. Quiso gritar él también, pero no pudo. Su garganta estaba constreñida.

De pronto Víctor soltó el teléfono, y éste calló al suelo. Hubo suerte... la comunicación siguió en marcha.

Maurice cerró los ojos y se concentró en los bruscos sonidos que llegaban desde el otro lado. Pudo escuchar un forcejeo, el sonido indescriptible de dos seres enfrascados en una lucha desenfrenada. Por un lado estaba aquel sonido rasposo, inhumano, espeluznante, que hería de solo escucharlo; y por otro lado estaban los gritos suplicantes y desgarradores de Víctor Guerra, que llamaba a Dios, a su madre, a cualquiera que pudiera oírlo. ¡Pero lo cierto era que estaba solo en aquella pinada oscura y tenebrosa!

Los gritos y sollozos de Víctor Guerra acabaron convirtiéndose en alaridos encarnizados, y el sonido rasposo del *otro* en un horripilante gorgoteo impregnado de rabia y desprecio. Así pasaron unos cuantos segundos más, de lucha indescriptible, de supervivencia irracional y primaria. Pasado ese tiempo, todo acabó repentinamente con un fuerte golpe y el posterior sonido de la carne desgarrada. Después todo fue silencio.

Maurice, anclado en el colchón de su cama, mantuvo el aliento en sus pulmones, y no se atrevió a mover un solo dedo. El bloc de notas había caído de la cama, y el grotesco ser le observaba desde el suelo con aquellos ojos negros y descarnados que tanto habían aterrorizado a Víctor Guerra.

Pasaron los segundos, y lo único que pudo escucharse fue el sonido de la lluvia: fragorosa e inclemente, formando riachuelos alrededor del teléfono móvil, y manando lentamente por el terraplén.



Por fin, Maurice, salió del estado catatónico en el que se encontraba, y se atrevió a hablar por el interfono.

—Víctor... Víctor... ¿Estás ahí?

Silencio.

—Víctor... joder... ¿me escuchas?

Silencio...

—Vic... —Maurice se interrumpió a mitad de la frase al escuchar un extraño gorgoteo— ¿Víctor?

El gorgoteo fue haciéndose más intenso, más desagradable...

Maurice sintió como la piel se le ponía de gallina, y un escalofrío recorrió su espina dorsal, de parte a parte.

—¿Víctor?

Algo recogió el móvil.

—¿Víctor?

Pero ya no hacía falta que preguntase. *Aquello* no era Víctor. No podía ser Víctor Guerra.

El sonido rasposo se fue haciendo más y más fuerte a medida que *aquello* iba acercando el celular a su aparato auditivo. Maurice tuvo la desagradable sensación de que aquel sonido no podía ser otra cosa más que los ritmos cadentes y asonantes de una respiración repulsiva, extraña, maligna.

Miró hacia el suelo y pudo verlo a muy pocos metros de donde se encontraba, dibujado en su bloc de notas, mirándole con aquellos ojos siniestros que habían devorado al pobre Víctor...

Víctor... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?

Corta la comunicación. Una vez más recibió la llamada de la vocecilla desagradable; ese instinto protector que le había advertido que bajara a la calle y se alejara de aquella horrible pesadilla que perturbaría sus sueños el resto de su vida. *Córtala, ahora mismo... antes de que sea demasiado tarde...*

El sonido rasposo se fue haciendo más y más atrayente a medida que el teléfono móvil fue aproximándose a aquel rostro blanco e impávido.

Córtala, hijo de puta, o te arrepentirás toda tu vida...



El sonido rasposo de lo desconocido, de lo inescrutable, de lo que va más allá de los dogmas de fe y de la propia naturaleza...

Córtala.

Y Maurice Deberó, sintiendo como la angustia regurgitaba por su estómago, emergiendo por sus tripas como la lava incontenible de un volcán, movió el dedo pulgar de su mano derecha, y el mundo se volvió completamente mudo.

Durante unos segundos permaneció en silencio, escuchando el sonido continuado y pesado de su propia respiración. Sintió todo su cuerpo bañado en sudor, y durante unos segundos sintió el irrefrenable deseo de vomitar. Ni tan siquiera le quedaban fuerzas para hacer eso.

Incapaz de contener la angustia, rompió a llorar como un niño, hundiéndose en la almohada y sintiendo la oscuridad de la habitación envolviéndole, apelmazando su cuerpo como si fuera una capa de escarcha que llegaba a calar hasta lo más profundo de su corazón.

Era incapaz de pronunciarlo, pero el nombre de Víctor Guerra acudía una y otra vez a su mente, como una abominable paradoja que desataba todo su dolor y le desgarraba completamente por dentro.

De pronto el silencio de la habitación se vio truncado por El Torero de Chayanne.

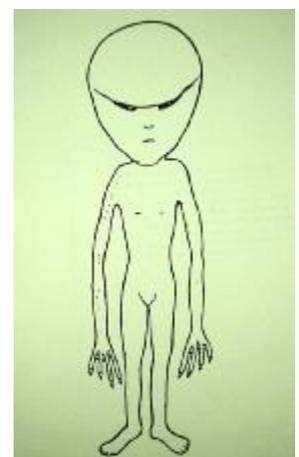
Maurice Deberó sintió un escalofrío sobrenatural y todo su cuerpo se quedó gélido en el acto.

¡No! ¡No era posible! ¡Aquello no podía estar sucediendo! ¡Era imposible, imposible!

Pero lo era. La musiquilla continuaba sonando, llamándolo lentamente, como aquel sonido desgarrador y maligno que había acabado con el bueno de Guerra. Instintivamente, Maurice Deberó agarró el teléfono móvil y lo lanzó contra el suelo con todas sus fuerzas.

Chayanne enmudeció de repente y la pantalla del teléfono móvil se desencajó del resto del aparato, yendo a parar junto al siniestro ser que había desencadenado toda aquella pesadilla. Antes de que la pantalla se apagara, el nombre de Julia brilló con un lánguido parpadeo, por última vez, después no hubo más que tinieblas.

Maurice, atrapado por un horror infinito, hundió la cabeza en la almohada, y dejó que toda la tensión que sentía,



Dibujo: Maurice Deberó
Guión: Víctor Guerra



brotase por su constreñida garganta en forma de un llanto desgarrador y desconsolado.

© David Mateo Escudero

DAVID MATEO ESCUDERO nació en 1.976, en la bonita ciudad de Valencia, España. Cursó estudios empresariales, concretamente el título formativo de Administración de Empresas. Ha escrito cuatro libros, entre los que cabe destacar *NICHO DE REYES*, que actualmente se está publicando en las siguientes direcciones: <http://www.comicvia.net> y <http://www.aurorabitzine.com> y en el fanzine castellanés *La Filoxera*. Además, ha escrito gran cantidad de relatos en diversos géneros, la mayoría de ellos encuadrados en el mundo de Argos. A día de hoy escribe para dos e-zines: *Alfa Eridiani* y *TauZero*.

SITIO DE CIENCIA-FICCION

<http://www.ciencia-ficcion.com> el referente ineludible de la ciencia-ficción en español



Fanzine de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror:

<http://theplague.ci-fi.com/>



La página de los bien informados:

<http://www.stardustcf.com/>



EL ÚLTIMO MAR

por Omar Vega

Probablemente desde las primeras épocas en que el hombre tomó conciencia de la aventura ha habido quien ha querido ir más allá, conquistar la siguiente montaña, explorar la próxima selva. Desde que se lanzó a navegar, con las estrellas como guía, las ansias de nuevas aguas, y cielos claros ha capturado los sueños de los viejos lobos de mar. ¿Qué pasará cuando la última costa sea visitada? Omar ensaya una respuesta.

El salón estaba cubierto por una espesa neblina; consecuencia de las columnas de humo que surgían de las pipas marineras. Parecía una vieja bodega de madera, con ratas incluidas, repleta de decoraciones náuticas: lámparas, redes, remos, enormes anclas, mascarones de proa, nudos, y todos esos adornos tan preciados por la gente de mar. Un soberbio Neptuno de bronce, de mirada paternal, vigilaba a cada uno de sus alegres hijos. Las banderas daban la bienvenida a toda la gente de mar; y solo a ellas.

El ruido era insoportable, mezcla de canciones al acordeón y desafinadas voces, sumadas al chocar de jarras metálicas, risotadas, griterío, y el murmullo constante de la incansable conversación a viva voz. Como en la zarzuela *Marina*, se escuchaba el estribillo:

*A beber, a beber a ahogar
el grito de dolor,
que el vino hará olvidar
las penas del amor.*

El escándalo no era menor pues había alegría. La Hermandad de la Costa estaba por entrar en sesión y sus socios vestían de marineros, con cuidadas gorras blancas, botones dorados, insignias brillantes, y esas inconfundibles chaquetas oscuras de capitán de barco. Otros, más irreverentes, vestían pantalones desgarrados, cinturón de gruesa hebilla, y esas infaltables camisetas a franjas rojas y blancas de los tripulantes de antaño. Se veían por doquier tueritos con parches negros; crujientes patas de palo y amenazantes garfios ortopédicos, aparte de los verdes loros que eran legión.

De pronto el silbato del contramaestre silbó agudo. Seguido del consabido:

Atención hombres de marr..., subid al palo de mesana; arriad las velas. La sesión de la Hermandad de la Costa está por empezar.

En el fondo de la sala dos amigos asían unas jarras de latón, mientras jugaban a las cartas bajo la luz de una vela de sebo. Su ánimo era diferente del resto de la cofradía.



—¿Qué te pasa, Jorge? —preguntó David Cárdenas, el famoso buzo poseedor del record mundial de inmersión profunda, además de ser un famoso navegante solitario.

—Esto es una porquería —dijo Jorge del Mar, famoso armador, y náutico aficionado—. ¡Nunca más vengo a este estúpido club! ¡Sólo perdemos el tiempo!

Hizo una pausa para empinar el codo y beberse de una sola vez la mitad de su enorme jarra de vino. Se secó la boca con la manga y siguió.

—Mira a ese gordo ridículo bailando polca marinera. Observa a ese otro idiota disfrazado de Capitán Garfio. Todo es absurdo. ¡Apestosamente ridículo! No somos marineros, sino simplemente actores de pacotilla, tratando de imitar una realidad que no nos pertenece. Estamos en una zarzuela y no en nuestro elemento: el mar.

—Ya comenzó... —pensó David.

—Los marinos de antes sí que eran bravos —siguió Jorge—. Viajaban en cáscaras de nueces, rompiendo con ellas las gigantescas olas del Cabo de Hornos. Todo lo lograban sólo con valor; con una inquebrantable voluntad. Esos eran hombres, si señor. No somos más que un grupo de borrachos tratando de vivir un sueño prestado.

—Me ofendes —protestó indignado David—. He recorrido todos los mares del planeta y he enfrentado sólo las montañas de agua del Cabo de Hornos. Me he metido hasta el fondo de los mares, a punto de morir aplastado como una cucaracha. Jamás temí. No tienes derecho de menospreciar mi valor. Es más, muchos de los payasos que ves aquí son bravos navegantes; tú lo sabes Jorge. ¿A qué viene tanta indignación?

—¿No te das cuenta? Hace siglos que se acabaron las hazañas en el mar. Todo está hecho. No hay nuevos desafíos. ¡No queda mar por descubrir! ¡No queda hazaña alguna por hacer!

—Baja la voz, por favor —rogó David—. Vas a provocar una pelea.

—¡No me importa un comino este estúpido club! —insistió Jorge indignado, y entonces proclamó en voz alta.

—Escúchenme todos ustedes, marinos de barcos de papel, payasos disfrazados de hombres de mar, borrachos ridículos. ¡Ustedes no son nada, farsantes! —gritó, interrumpiendo el inicio de la sesión y arruinando la alegría.



Todos quedaron en silencio; a la expectativa. Segundos más tarde del otro extremo de la sala surgió la voz potente y desafiante de un hombre de cabeza afeitada y talla de mastodonte.

—¿Y que has hecho tú, imbécil? ¿Has logrado algo importante acaso, como descubrir un nuevo mundo, o avistar un nuevo mar?

—No. ¡No lo he hecho, pero lo haré!

Todos enmudecieron y se miraron sorprendidos. Definitivamente Jorge del Mar se había vuelto loco, envidiado con esos documentales históricos que tanto le gustaban; pensaron todos. Eso le hizo perder el seso.

—¡Mírenme, pobres diablos! —dijo desafiante Jorge, borracho y fuera de sí— ¡Miren al conquistador del último mar! Dominaré un nuevo océano. Seré el primero en hacerlo en muchos siglos. Al verlos a ustedes, montón de mediocres, me decidí.

—¿Y dónde encontraras ese *último mar*, tonto? —inquirió desafiante el calvo, quien se acercaba lentamente a la mesa de del Mar.

—En Europa. ¡Conquistaré el último mar: aquel que está en Europa!

Todos rieron sin freno, pues creyeron comprender que Jorge hablaba del viejo continente. Sin embargo Jorge miraba más lejos, hacia las estrellas. Estaba pensando en los mares profundos de la Europa espacial, la luna de Júpiter, los cuales esperaban al conquistador, ocultos bajo una gruesa capa de hielo. De hielos eternos.

El calvo no escuchó razones. Golpeo repetidamente a Jorge y de un solo gancho lo noqueó. Después lo tomó en vilo y lo lanzó a la calle. David quiso intervenir pero también salió volando como un pajarito.

Al día siguiente, en la cama de un hospital, con un ojo en tinta y un diente menos, Jorge le prometió a su amigo David lo siguiente:

—No sé como lo haremos para financiar la aventura, pero prometo, en nombre de Dios, que conquistaremos los mares de esa Europa que orbita Júpiter.

David pensó que su amigo había perdido el juicio. Pero se equivocaba.

Después de dos años consiguieron milagrosamente el ansiado financiamiento. Entonces Jorge y David partieron hacia Júpiter, siendo despedidos por algunos socios de la Hermandad; eran los últimos amigos que entonces les quedaban.



El viaje duró seis meses en un carguero de tercera que llevaba una expedición de diez personas, el equipo, el sumergible y los trajes de buzo de alta presión. Ya el satélite de hielo se podía ver a simple vista, con Júpiter como telón de fondo. Parecía tan grande como la Luna; y lo era, en efecto.

Meses antes una sonda robotizada se había posado sobre los hielos de Europa. Allí, solitaria, se dedicó a buscar el lugar preciso para perforar un agujero a través de la capa de tres kilómetros de hielo que cubría los mares subterráneos. Luego cavó en ella un pozo de diez metros de diámetro. Lo hizo lentamente, hasta llegar a las aguas. Mas las mareas gravitatorias de Júpiter amenazaban con derrumbar el agujero en cualquier momento, y las agitadas aguas subterráneas salían del mismo a gran presión y en oleadas que se congelaban al instante. La superficie de hielo seguía el oleaje de las mareas gravitatorias jovianas, crujiendo y quebrándose a traición. Se trataba, sin dudas, del lugar perfecto para morir.



La expedición se quedó en órbita, y solo Jorge y David bajaron a la superficie de la peligrosa luna, vistiendo unos trajes de alta presión de color violeta que les daban el aspecto de enormes cangrejos prehistóricos. El alunizador los dejó en la superficie, junto al pequeño submarino anaranjado de la expedición. Sin mediar mucho tiempo, los hombres ingresaron al submarino y se acomodaron. La grúa de la sonda izó en vilo el cilindro naranja y lo bajó por el pozo hacia las traicioneras aguas de Europa.

—Sabes David, este es el día más feliz de mi vida. Estamos haciendo historia —dijo Jorge eufórico, mientras bajaban por la claustrofóbica tumba de hielo hacia las siniestras aguas del fondo.

—Es verdad —contestó David irónico—. Sólo espero que no quedemos nosotros para la historia.

—Estamos en el *último mar*, David, realizando aquel sueño de Verne de descubrir un océano en las profundidades del mundo: el primero desde que Balboa pusiera pie en el Pacífico.

La nave se sumergió pausadamente en lo profundo, en la oscuridad más absoluta, solo quebrada por los potentes focos del submarino. Las corrientes agitaban la frágil nave. Arriba de sus cabezas, ya a varios cientos de metros, se



apreciaba la gruesa capa de hielo de Europa agitándose y quejándose como un espectro.

A tres kilómetros de profundidad bajo los hielos, y con una presión equivalente a la de 500 metros bajo los océanos de la Tierra, los hombres ingresaron a la compuerta que daba al exterior para sumergirse en las densas aguas. Una vez fuera sintieron todo el peso del mar sobre sus armaduras de buceo, y comprendieron la hazaña que estaban realizando. Caminaban lentamente por un ambiente oscuro e inaudito, iluminado sólo por la luz de sus cascos, la que se proyectaba sobre el piso desolado del fondo oceánico. Los trajes de extremidades cilíndricas, hechos de fibras de carbono y exóticos metales, crujían y se resentían, al punto que presagiaban el colapso. El temor de un accidente en ese siniestro lugar les recogía el alma: si cedía el blindaje de un brazo lo perderían; si colapsaba en tórax, morirían de inmediato.

De pronto el haz del casco de Jorge dio de lleno sobre una roca ancestral. De la misma surgió un inesperado destello rosado. Era un reflejo sobrenatural en aquella opresiva región del universo; en aquella zona de profunda muerte. Jorge se dirigió hacia el lugar. Sobre la roca, algo como una suave alfombra alegraba la mortecina sequedad de la piedra. La mente de Jorge lo entendió de inmediato.

—¡David! Esta roca tiene una planta. ¡Hemos encontrado vida!

—¡Ave Jorge! —respondió David, con inesperado lirismo—, ahora no solo sois el conquistador del *último mar* del Sistema Solar. Además eres el primero en encontrar vida fuera de la Tierra. Desde hoy eres inmortal. Los hombres cantaran tu gloria por los siglos de los siglos.

Y así fue. Al regreso la Hermandad de la Costa en pleno, en tenida formal de pirata con parche en el ojo y loro al hombro, les estaba esperando en el puerto espacial donde aterrizó el trasbordador. Digo todos, a excepción de un calvo grande como mastodonte, quien no pudo asistir pues dormía entonces en la cama de un hospital con dos ojos en tinta y dos dientes menos.

Los medios cubrían el evento en directo y no los dejaron tranquilos por dos días. Una semana más tarde en la Hermandad de la Costa se celebraba una sesión especial para recibir con todos los honores a sus hermanos más notables. Los discursos iban y venían. Llovían los elogios a sus ilustres hijos, y las promesas de amor eterno.





Se recitaron poemas marineros. Se tocó el acordeón. Se danzó polca con muchachas de dudosa reputación, que reían a carcajadas cuando les pellizcaban el trasero. Se habló fuerte y la bodega se llenó del humo de las pipas de marinero. La gente estaba alegre y dispuesta a celebrar a quienes conquistaron el último mar. Incluso las ratas danzaban en sus agujeros. El bullicio persistía pero era opacado por un estribillo insistente, donde Jorge hacía, desafinado y estridente, la primera voz del brindis de *Marina*:

*A beber, a beber a ahogar
el grito del dolor,
que el vino hará olvidar,
las penas del amor.*

© Omar Vega

OMAR VEGA nació en Santiago de Chile en 1958, casado y padre de 3 hijos. Ingeniero en computación y master en ciencias de la computación (Canadá), trabaja en informática. Durante los '80 migró a Canadá donde hizo investigación en inteligencia artificial y en visión computacional, temas que le han servido para enriquecer sus ideas. En la actualidad vive en Chile y está abocado al enriquecimiento y publicación de su obra literaria, la cual versa sobre temas de ciencia, futurología y ciencia-ficción. Escribe en español e inglés. Es integrante de la Comunidad Hispana de ciencia-ficción.

 **Golwen** Revista Literaria

Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.

<http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>

Suscripción: golwen-alta@elistas.net



Fanzine de fantasía oscura y terror: <http://maycrosf.com>



ANCLADO AL MAR

por José Manuel Sala Díaz

Los hombres siempre se han acercado a las playas de los océanos a investigar las cosas que la resaca dejaba abandonada en la arena. A veces las tormentas dejan varados peregrinos navíos, con cargamentos exóticos que los nativos ignorantes de su función tomaban por maravillas dejadas por dioses foráneos. El espacio es un vasto océano en el que navegan raros navíos y que por fortuna de alguna tormenta estelar pueden encallar en las costas más lejanas. Nuestro mundo se encuentra en el borde de la galaxia, en la playa del espacio profundo. ¿Cómo tomaríamos una nave encallada en nuestras costas arrasadas por la guerra?

I

Abrió los ojos cuando su cara aplastada en el cristal de la ventana comenzó a vibrar, a causa del repiqueteo del ferrocarril. Sus párpados parpadearon dos veces, abrió la boca emitiendo un profundo bostezo que ninguno de los demás pasajeros se apresuró a replicar. El Invierno de Vivaldi resonaba suavemente en los altavoces, repartidos por las paredes blanquiazules del vagón; sin embargo, el constante estrépito de los motores rozando las vías de metal impedía apreciar la música con claridad.

Bostezó nuevamente, se recostó en el asiento de plástico de color gris. Sacó un cigarrillo mientras tanteaba los bolsillos de su chaqueta en busca de un encendedor. Al mismo tiempo contempló extraviado por la ventanilla como el cielo y aquella interminable llanura se fundían en un hipnótico azul. No había separación posible entre la tierra y el firmamento; el tren marchaba a tal velocidad que no se podía distinguir la fina línea del horizonte con el comienzo del cielo claro y abrumador.

Volvió a suspirar. Su mano derecha abrió el encendedor al mismo instante en que descubrió la primera figura oscura, anclada en las dunas de la planicie sin fin. Muy pronto le siguió otra, y otra más. El tren dejaba atrás aquellas figuras a la misma velocidad con que Adrián Fosguet vislumbraba por la ventanilla cientos de otras ancladas en la interminable llanura azul. Bostezó, soñoliento. Entraban en el Cementerio de proyectiles. Bombas sin explotar de la última guerra hundidas para siempre en la arena añil.

Aquel desfile de oscuras siluetas le mareó al cabo de unos minutos, y cerró los ojos. La música, distante, aún le seguía llegando a sus oídos. Procuró dormir.



Cuando volvió a despertarse varios monitores se abrían desde los techos del vagón a la vez que sus pantallas oscuras parpadeaban, dando paso a la niebla de la televisión. Miró de nuevo a través de la ventana: el número de los proyectiles había disminuido pero aún podía ver toda la llanura plagada de aquellas sombras, hundidas en la arena. Le pareció que sus siluetas se habían alargado por efecto del tiempo, trató de deducir por la posición del sol cuánto habría pasado desde que había abandonado la última ciudad.

El zumbido eléctrico de los monitores y el logo de la compañía ferroviaria en las pantallas le apartó de aquella preocupación. Sus manos tantearon a ambos lados del asiento hasta encontrar los auriculares que se colocó con rapidez. Observó a los demás pasajeros; la mayoría continuaba durmiendo. Otros, en cambio, se habían preparado para el visionado acerca del destino del tren. Adrián bostezó, en un ingenuo intento de mostrar desinterés. Sin embargo, nada más apareció en pantalla la primera imagen del documental aumentó el volumen desde la consola del asiento. Cerró los labios.

Lo primero que vio fue una mancha oscura que se emborronaba más y más mientras una voz femenina comentaba las dimensiones del gigantesco objeto que no se terminaba por esclarecer. Tras aquella figura borrosa se diferenció un fondo azulado que Adrián determinó como el cielo, o tal vez el mar. Incapaz de saberlo, continuó observando. Transcurridos cinco segundos la cámara que enfocaba vibró intensamente y descendió levemente hasta volver a retomar la tranquilidad. Adrián soltó un suspiro de satisfacción. En aquella nueva posición había mejorado bastante la calidad visual: podían diferenciarse el ala izquierda, rígida y gigantesca como la vela de un barco, cortando el cielo con su simetría triangular; mientras, la derecha se contemplaba totalmente enterrada en la arena, rodeada por una inmensa masa de hombres y mujeres, pegados frente a ella. Peregrinos ante la entrada de la salvación, pensó Adrián.

El cámara disminuyó el acercamiento hacia el objeto y enmarcó un plano fijo donde se vislumbró en su totalidad.

Según la voz femenina, medía seis kilómetros desde el visible morro hasta los motores, pero a Adrián Fosguet le pareció incluso mucho más. Lo poco que se veía del casco era una imposible curva que se perdía en la arena y las olas del mar. Al principio Adrián no supo qué era esto último, pero tras unos minutos de anonadada observación se hizo a la idea de cómo era aquel rítmico flujo que chocaba sin fuerza en el material hundido por la colisión. La voz femenina continuaba hablando de su naturaleza ignota, de la noche de su llegada, pero Adrián ya no le escuchaba.

Sus ojos prestaban toda su atención en tratar de determinar su color. El color de la gigantesca estructura, anclada al igual que las bombas en la arena. El color.



No lo supo describir. Cuando los monitores se apagaron un pasajero detrás de él emitió un grito de pavor.

Encendió el tercer cigarrillo de aquel viaje media hora después de que los monitores volvieran a ocultarse en el techo del vagón. El humo no pareció de nuevo molestarle a ningún pasajero, y si lo hizo, nadie se molestó en quitárselo. Habían pasado el Cementerio de Proyectiles hacía unos minutos. El continuo temblor le impedía dormir, y aquel mal hábito era su única distracción. Sus dedos vacilaron cuando tomó otra calada y soltó segundos después la bocanada de humo hacia la hilera de luces de neón que cubría el techo del tren. Tosió, carraspeó la voz. El cigarro se consumía en sus manos unos segundos después. Con inusitada rapidez.

Suspiró, aburrido. El Invierno empezaba a sonar de nuevo, por séptima vez. Trató de calcular cuántos kilómetros habían recorrido desde que entraron en el desierto azul, valiéndose de la grabación musical. Al cabo de unos instantes desistió. A través de la ventanilla la llanura parecía no tener principio ni fin. Ni rastro del océano salvo la arena añil.

Bostezó. Necesitaba descansar.

En vez de eso se inclinó sobre su asiento y recogió la mochila que había traído para aquel el viaje en tren. Una vez la tuvo en sus rodillas sacó la billetera del bolsillo lateral. Contó el dinero que había traído mientras pegaba su cabeza a la ventana y entonaba la melodía de Vivaldi con desgana y resignación. No había mucho, pensó, al terminar de manosear los billetes rosados y azules ocultos en la cartera. Adrián Fosguet se preguntó si para entrar a la estructura sería suficiente. Se preguntó también si una vez que llegaran los rumores se confirmarían y conseguiría la mística salvación.

Suspiró; no tenía sentido preguntarse cosas que estaban fuera de su alcance y que él no podía contestar.

Volvió a recostarse en su asiento, contemplando la llanura estéril y sus hileras de gigantescas dunas que crecían hacia el horizonte sin parar. Fue entonces cuando un suspiro alentador frente a él le hizo apartar la mirada del paisaje azul.

Fue entonces cuando conoció a Marlene. Sentada junto a su Golpeador.



II

Nada más entrar al tren y sentarse se había percatado de que la naturaleza de los demás peregrinos no era muy distinta a la de los vagabundos de las ciudades, que vivían de las sobras de los restaurantes en los oscuros callejones, sin salida ni luz del sol. De los once viajeros de aquel vagón siete pertenecían a este grupo: mendigos, que dormían reclinados en sus asientos, abrigados con harapos nada apropiados para la cálida brisa del desierto, muertos de hambre que debían haber visto las noticias de la televisión. Luego estaba una anciana de color que comía de una bolsa de plástico con furiosa convicción.

Y después estaba ella. Mirándole a él.

Su compañero parecía dormido, su capa negra le ocultaba los brazos y parte del rostro marcado por rajaduras e imperfecciones del metal. Adrián no se fijó demasiado en su protector y se centró en aquellos dos ojos esmeraldas que le miraban con precisión. No tuvo que preguntarle si era una sectaria o no; las líneas tatuadas sobre su pecho semidescubierto se lo advirtió: se trataba de una adoradora de la peregrinación.

Vestía una capa marrón cuyas puntas pardas tocaban el suelo del ferrocarril. Su pelo era granate, tintado quizás para la ocasión. Sus hombros descubiertos tenían decenas de violáceos tatuajes que evocaban a los astros, borrosos detalles en una piel cándida y morena. Adrián, fascinado, continuó observándola. Sus pestañas estaban maquilladas con un suave carmín, quizás para alguna ceremonia especial. Parpadearon un par de veces para dejar respirar a aquellas pupilas verdes que le observaban con igual curiosidad, quizás con más inocencia y desesperanza de lo que él llegó a creer. Sus labios se abrieron en silencio. Volvió a suspirar.

El débil sostén del vestido tembló cuando se levantó y se dirigió al otro extremo del vagón. Sus pies descalzos no hicieron ruido sobre el frío suelo de metal, ni cuando abrió la puerta que daba al pasillo entre coches del ferrocarril y desapareció de su visión.

El inequívoco cartel de la puerta lo indicaba con claridad, pero la cerradura de seguridad estaba rota, partida en dos. De pie el tren parecía temblar mucho más, y por ello se vio obligado a apoyarse en la puerta. No era su intención entrar. Pero ésta cedió con rapidez.



El baño era algo más de un metro cuadrado donde la taza del inodoro ocupaba más de la mitad, pero con Marlene en medio, nada en absoluto en realidad. El tubo de luz que rodeaba el espejo del tocador iluminaba suciamente la habitación mostrando sus ojos puestos en él. Se apresuró a pensar algo para decir, pero ella le hizo una señal de silencio con los labios. Los tatuajes de sus hombros brillaban a la luz de neón como prohibidas perlas en un océano de gélido metal. Adrián obedeció a sus ojos y cerró la puerta tras él. Los dos cuerpos se orientaron el uno sobre el otro, pegados sin que apenas se pudieran mover. Sintiendo la respiración de cada uno en sus rostros que comenzaban a sudar por la falta de aire de la habitación.

Ninguno de ellos se inmutó. Marlene palpó su tronco sin dejar de mirarle, encontró su mano izquierda y la colocó suavemente sobre la carne morena que era su piel. Los dedos de Adrián titubearon mientras recorrían las trazadas líneas sin margen de error, luminiscentes esferas encerradas en prismas imposibles, planetas encerrados en las celdas del cosmos, el universo. Separados por siempre cada uno por las geométricas líneas de la dorada matemática, imposible de cambiar. Adrián se preguntó por qué. Sin decir nada, Marlene, le respondió.

Delicadamente tiró de la seda marrón hasta que ésta alcanzó más debajo de sus senos donde el mapa galáctico continuaba circulando sin ninguna dificultad. La habitación pareció empequeñecer. Adrián quiso preguntarle si al hacérselo le había dolido, pero como sectaria que era supo que no le contestaría, de modo que calló. Los adoradores de la peregrinación jamás se comunicaban con un viajero normal. Eran amantes del peregrinaje, entregados a la devoción externa del objeto estelar. Desde que se les cortaban las cuerdas vocales mediante ingeniería de precisión se les negaba a mostrar los descubrimientos de la estructura, que inscribían en sus pieles con aguja ardiente, sin proferir sonido alguno de dolor. Los hallazgos y descubrimientos que realizaran lo compartían con los compañeros de la hermandad del mismo modo, y con nadie más. Según había oído Adrián, no buscaban la clamada salvación en la entrada de la estructura; únicamente en su adoración e investigación. Y por el increíble enjambre de líneas y dibujos que ahora observaba, Marlene debía de haber viajado a la estructura más de una vez. Miles de secretos debían de acumularse inscritos mediante dibujos y anotaciones en su torso desnudo, postrado ante él sin recelo ni temor.



Adrián le preguntó por qué lo hacía. Nuevamente, Marlene no le respondió.



Obligó a que su mano siguiera las líneas trazadas por su ilustrada piel. Celdas aún mayores se abrían bajo las sombras de sus senos internando circunferencias, planetas encerrados en cárceles cuyos barrotes se tocaban, pero aún así separados por las geométricas líneas sin posibilidad de escapar. Los dedos de Marlene señalaron una de estas esferas, encarceladas en el universo. Se percató entonces de las divisiones internas que se producían en su superficie, continentes dibujados sobre océanos que describían a aquel planeta sin margen de error.

Adrián lo entendió. Los ojos esmeraldas se cruzaron con los suyos, la desesperanza se convirtió en frenesí. Asintió con la cabeza, la uña de su dedo índice marcó en su piel el diminuto punto fosforescente, situado entre los barrotes de aquella celda y la más cercana a él. El único astro de aquel mapa estelar capaz de navegar entre los barrotes de líneas y atravesar las celdas hasta llegar a los prisioneros de las mismas.

Adrián observó el pequeño trazo que señalaba la dirección del astro. Marlene, insistente, marcó varias veces el punto, pero no hizo falta. Sabía a lo que se refería el grabado, a lo que se refería con la descripción de los universos encerrados entre sí salvo por puntos de unión. Agarró suavemente a la muchacha que tenía frente a él, obligó a que se tranquilizara y dejara de sacudir los hombros. Luego, intentando que leyera sus labios, pronunció lentamente el por qué. Pero no le contestó.

Había demasiado miedo reflejado en sus ojos. Pánico, terror. Miedo sobre algo que iba a suceder y no podía comunicar.

La abrazó fuertemente, intentó aislarla del miedo que la sometía sin dejarla escapar. Y lloró. Su pelo granate cayó sobre los hombros de Adrián a la vez que las lágrimas por su cuerpo, desnudo.

El siseo metálico proveniente del pasillo les sorprendió al mismo tiempo. Ninguno de los dos tuvo tiempo de reaccionar.

La puerta del aseo se abrió, desencajándose de los soportes que la mantenían en pie. Adrián se dio la vuelta, a tiempo para ver cómo un brazo oscuro le golpeaba lanzándolo contra la pared. Ésta vibró peligrosamente, toda la habitación tembló ante la irrupción. Adrián escuchó aturdido la respiración entrecortada de Marlene arrojada al suelo, cómo los sonidos de pánico se atragantaban en su garganta sin poder salir.

El visitante soltó un siseo metálico. Ajustó su brazo mecánico mientras miles fluidos en el interior de su cuerpo se renovaban a la vez.



Adrián balbuceó aterrorizado cuando el Golpeador llegó hasta él y lo levantó con aquella misma extremidad. Observó momentáneamente aquel rostro lleno de rajaduras de metal. Inmediatamente después aquella visión se deshizo, al hacerlo chocar de nuevo contra la pared del aseo. En aquella colisión ésta se plegó hacia fuera del tren. El impacto produjo en Adrián un chasquido en su columna vertebral y un grito de dolor.

Cuando pudo darse cuenta todo su cuerpo se había hundido en el hueco surgido en la pared. Sus párpados no reaccionaban, tan sólo podía contemplar el rostro de Marlene agarrando los pies de su protector, suplicándole que lo dejara en paz. Escuchó cómo el rostro plagado de rajaduras volvía a sisear.

El tercer impacto arrancó las placas de metal que componían la pared. Aún noqueado y aturdido Adrián Fosguet escuchó el sonido de las láminas de acero al quebrarse, el ensordecedor estruendo de tren desde el exterior alejándose con rapidez.

Después vino el sonido del aire, antes de la caída. Y el silencio. Sus pupilas observaron confusos el cielo y el desierto dando vueltas ante él. El azul del firmamento o el añil de la llanura sin fin; no supo distinguir cuál era cuál hasta que llegó al suelo de arena fina. Después, todo se desvaneció.

El deforme poseía una cara arrugada, lastrada por las quemaduras de sol.

Al igual que el resto de deformes del grupo, la mayoría de los granos de su cara se los había explotado pellizcándose la piel, desparramando un blanquecino pus por su rostro sudoroso y grasiento, víctima del calor. El picor insoponible hizo que se pasara la mano por su frente antes de avanzar un metro más y colocarse frente al hombre, semihundido en la tierra. Una vez allí tuvo el valor de agacharse y tocar su tronco, con precaución. Su postura era semejante al de los proyectiles del Cementerio de Bombas.

Producía terror.

Cuando el deforme volvió con el resto del grupo les contó que había visto un charco de sangre en torno al cuerpo, mezclándose con la arena añil. La figura estaba quieta, inmóvil. Los granos del desierto comenzaban a adueñarse de su cuerpo, demostrando que debía haber permanecido así bastante tiempo, en la misma posición. Fue entonces cuando los demás deformes asintieron, entristecidos.

Aquel hombre había fallecido en la travesía por la llanura, y ya nunca alcanzaría la salvación. No había nada que hacer por él.



Una hora después de la parada continuaron la peregrinación, siguiendo esperanzados las vías del tren que llevaban a la estructura, anclada al mar. Su gigantesca silueta había comenzado a dibujarse lentamente en el horizonte, a cada kilómetro con mayor claridad. Estaban cerca. Desechos de la gran guerra, mutados nacidos en las dunas, olvidados por la civilización y el mundo. Todos ellos estaban más cerca que el día anterior. Y todos ellos desaparecieron al cabo de un tiempo en la distancia, abandonando al cuerpo que empezaba a devorar la arena azul.

Pero aquel hombre no había muerto. Su corazón aún latía, algo que el deforme no se había atrevido a comprobar. Sin embargo, su columna estaba fracturada: al más leve movimiento, se partiría en dos.

Aquel letargo que lo mantenía inmóvil alcanzó la noche y el vasto frío del desierto que lo azotó sin piedad. Poco a poco los granos de arena fueron tragándose, hundiéndolo para siempre en la llanura interminable, allí donde habían caído cientos desde que se inició la peregrinación. Y simplemente así habría perecido. Pero la nocturna bengala de la estructura le llamó, puntual. Como a tantos otros les había llamado desde la noche de su colisión.

Los párpados de Adrián Fosguet se abrieron débilmente para observar el intenso destello verde que ascendía a lo lejos, iluminando su casco, reflejando su color. Un color que ni en ese instante ni nunca podría describir.

La gigantesca esfera lumínica flotó en el aire durante minutos que le parecieron horas para luego desaparecer. El esmeralda de los ojos de cierta persona, que al desvanecerse dio paso a la oscuridad.

Apretó los dientes con furia. Recordó a Marlene. Se juró a sí mismo encontrarla al final del camino. Esquivaría a su Golpeador, la llevaría a un lugar donde le mostrara de nuevo su ilustrada piel. Le preguntaría por qué le había mostrado todo aquello, averiguaría qué le había tratado de decir.

Pero no pudo. Al intentar levantarse escuchó un crujido en la espalda, un chasquido de dolor. Profirió un quejido suave, exánime. Y exhaló sus últimos suspiros con los ojos abiertos, intentando contemplar en la lejanía oscura el navío de las estrellas.

© José Manuel Sala Díaz

JOSÉ MANUEL SALA DÍAZ (Murcia, 1988) publicó su primer relato de terror en el Erídano n° 8 (*EL MONSTRUO*). Desde entonces ha seguido en esa línea tan querida para él con *FAMILIA* (Necronomicon n° 5), pasando por la fantasía oscura de la que piensa volver a escribir (*ANTEPENÚLTIMA*, Qliphoth 14). Este es su primer cuento de ciencia-ficción, aunque en sus relatos siempre deambulan criaturas extrañas, siempre poseídas por el cosmos que habitan.



Poesías

EL GRAN JUEGO Y OTROS POEMAS

por Antonio Mora Vélez

ANTONIO MORA VÉLEZ nos ofrece hoy cinco poesías de una extraordinaria belleza en las que supera la tradicional admiración por la naturaleza y la sustituye por la admiración del cosmos y su esencia, así mismo se puede detectar la visión que tiene el autor sobre el papel que ejerce el hombre en el cosmos.

EL GRAN JUEGO

Todo es un juego
El caos originario
Y el azar de mil cabezas
 Que procesa
Los elementos del paisaje

Todo es un juego
 El hombre mismo
Que no hubiera sido posible
Sin la estampida primigenia
Y sin el venturoso asteroide
Que le despejó el camino
 A sus ancestros

Todo es un juego
Un juego que alguien juega
En las afueras del tiempo
Y nosotros, efímeros alfiles
Que nos movemos en el cieno
Apenas alcanzamos a columbrar
 Su sombra

JUPITER

Sol arrepentido
Inmenso dragón acobardado

Tu rostro cristalino
Desordenado por el viento



Deja escapar una lágrima
Cada vez que la estrella
 Que te alumbra
Te recuerda la majestad
 De su horno desplegado

Ensimismado escondes
En las inmensas y quemantes
 Aguas de tu cuerpo
La extraña serenidad
 De la impotencia

ELECTRÓN

Emisario diminuto del designio
Que reinas en el mundo
 De las realidades inciertas

Pequeño arquitecto de la substancia
Saltador curioso
Que invades otras órbitas
 Para que la vida ocurra

Con la palabra del físico
 La razón te dice gracias
Gracias por estar
 Justo en el lugar exacto
Definido por el Fuego

PITÁGORAS

Por la sabiduría del fuego
Que hoy todos conocemos
Sabías que el hombre surca
 De la mano de Cronos
Las distancias siderales

Dijiste que la cantidad
 Es la esencia
Que los números definen
La forma de los seres
 Su evolución y su destino
Y les enseñaste a tus discípulos
La figura y la fórmula del vuelo



Supiste también que la armonía
 Es el lenguaje de los astros
La razón del cuerpo que se mece
El hilo conductor de la belleza
Y la puerta de entrada al castillo
Del poder que mueve
Las poleas del amor
 Y de todo lo visible

Pensaste en el alma sutil
 De cada mundo
En ese hogar etéreo que lleva
Por los ríos eléctricos del cosmos
 El mensaje del espíritu
Y que se nutre de la fuente
 Siempre viva del origen

En algún lugar de Menfis
Aprendiste que el ser humano es
 Un grano de polvo
En un tapete de energía interminable
Apenas un instante
Una esperanza vestida de vida
En esta danza eterna del fuego
 De los dioses

LOS SONIDOS DEL TIEMPO

Desde las franjas lejanas del espacio:
El eco de un chorro estelar de gas
Que se pierde en la densidad infinita
El estallido de una estrella de neutrones
La silbante melodía de las cenizas
 De una nebulosa
El gemido de un astro moribundo
El choque de un neutrino
Con el hidrógeno que viaja libre
 Por los predios siderales
El fulgor de una explosión
 De rayos gamma
Las partículas del pasado
Que viajan ondulantes
 Hacia el punto de partida
Y la respiración de quien maneja
 Los controles de la obra



Apoltronado en las orillas del tiempo

© Antonio Mora Vélez.

ANTONIO MORA VÉLEZ nació en Barranquilla, Colombia, en 1942, estudió abogacía en la Universidad de Cartagena y es ampliamente conocido como escritor de ciencia ficción en su país. Ha publicado los libros de cuentos *Glitza* (Ediciones Alcaraván, Bogotá, 1979) *EL JUICIO DE LOS DIOSES* (Casa de la Cultura, Montería, 1982), *LORNA ES UNA MUJER* (Centro Colombo Americano, Bogotá, 1986) *LORNA IS A WOMAN* (Colombian Cultural Center, New Delhi, 1990) y *LA DUDA DE UN ÁNGEL* (Ediciones e-books de CECAR, 2000) siendo éste el primer libro electrónico que se edita en Colombia. En reconocimiento a su labor literaria el diario *El MERIDIANO* de Montería lo escogió como uno de los personajes del siglo XX en el departamento de Córdoba y The Internacional Writers and Artists Association con sede en Bluffton, Ohio, USA, le otorgó un pergamino por su contribución al humanismo desde la literatura.





Artículos

TODA LA CARNE ES HIERBA

por Isaac Robles

CLIFFORD D. SIMAK es uno de los autores de ciencia ficción más apreciados dentro del género. Sus relatos se caracterizan por un cierto bucolismo y desarrollarse en la campiña. Tanto es así que, cuando los leemos, tenemos la impresión de que va a salir aquel personaje que Mark Twain describió en las aventuras de Huckelberry Finn tallando una rama de árbol con su navaja. Hoy Isaac Robles nos reseña *TODA LA CARNE ES HIERBA* de Clifford D. Simak.

A

la distancia en tiempo, espacio y márgenes de creencia, es interesante repasar en este libro no solamente una postura determinada respecto a lo que pasaba en el mundo ni un estilo determinado de narrar, sino la consistencia dramática que sostiene, y que encumbra a su autor como un conocedor de los seres humanos.



Clifford D. Simak publicó esta novela en 1965, dos años después de su reconocida obra *ESTACIÓN DE TRÁNSITO*, reflejando además de sus particulares inclinaciones estéticas y cosmológicas, un extraordinario sentido del drama.



Viktor Frankl, en su notable obra *EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO*, señala con algo de claridad que es el propósito de una vida (es decir, la construcción de un motivo o cadena de motivos por qué vivir) lo que nos mantiene andando a través de los caminos del tiempo, y lo interesante –por así decirlo– o extraordinario de esto es que sólo podemos ver claramente esas motivaciones o construcciones que elaboramos para seguir adelante en situaciones extremas. Y así, si en el caso de **Frankl** fue un campo de concentración en la II Guerra Mundial, en esta novela el escenario es el mismo pueblo natal de **Simak**, Milville, que enclavado en medio de las montañas, tiene todas las características usuales de los pequeños pueblos (tan alabadas por algunos y tan denostadas y satirizadas en series como *South Park*) una comunidad de gente de vidas ordinarias y sin sobresaltos, lentas y aburridas quizás para el gentilhomme ciudadano o los buscadores de progresos, con sus dramas pequeños, sus trifulcas y enconos y la seguridad



que da el saber que algunas cosas esenciales no cambian (quien es rico, quien es pobre, a que negocio dedicarse, que camino seguir por la vida, etc.)

Esta aparentemente inmóvil y bucólica tranquilidad se ve interrumpida de repente, cuando una barrera invisible, que sólo deja pasar a los objetos inanimados rodea el pueblo, aislándolo del resto del planeta.

Es en este momento en que la trama se abre al mismo tiempo, al misterio, el asombro y el drama, reflejado en las actitudes de los personajes, los al parecer inexplicables sucesos y los elementos extraños dejados aparentemente al azar, pero que resultan vitales para resolver los cabos sueltos de la historia.

Uno de los factores interesantes de la historia es la dicotomía cambio-permanencia que es la iniciadora del drama: un suceso que rompe la comprensión habitual de los hechos, el flujo normal de la vida, el paso tranquilo y sin sobresaltos de los años, las tareas, los deberes y las obligaciones; Todo ello desgajado de un solo golpe por una serie enteramente sin precedentes de sucesos, tachonado además de elementos inusuales, teléfonos sin discos de marcar y sin conexión y donde sin embargo se escuchan voces (¿zapatofónos? ¿celulares inter-dimensionales?) Sujetos desaparecidos hacía mucho que reaparecen de pronto y vuelven a disolverse en la nada sin explicación, un árbol con dinero como hojas y visitantes de lejanos mundos son los evidentes –y desagradables, para los habitantes del pueblo– síntomas de una extrañeza mayor.

El protagonista, narrador y eje central del drama es el protagonista, Brad Carter, quien, al contrario que la mayoría del pueblo, puede percibir el paso del cambio alrededor suyo, tras haber fracasado en los negocios y estar a punto de perderlo todo, siente que la estabilidad de otrora ha dejado paso a la desazón y el hastío de fallar en tener éxito y en honrar el legado paterno, consistente en el invernadero y en las flores que allí criaba, que parecen ser de una especie desconocida, y es aquí donde llegamos al quid de la historia.

Si hablamos de síntomas, entonces se hace más necesario e importante hablar de la enfermedad: y esto lo podemos ver en dos niveles:

En primer lugar, tenemos a las flores, que son en realidad depositarias de conocimientos de muchas civilizaciones anteriores a la humana, o simplemente alternas, esto nos lleva a abordar otra vez una de las preocupaciones fundamentales de **Simak**: el tiempo y sus inquietantes ramificaciones, derivada del retrato del espacio-tiempo de universos paralelos de la mecánica cuántica, aunque más probablemente, derivado de las consideraciones de **Einstein** reflejadas en la Relatividad General.

Es la aparición de estas flores alienígenas la causante de los fenómenos que suceden en el pueblo, siendo la incitación de las anomalías el corolario una se-



rie de contactos discretos y manipulaciones sutiles de estos seres dotados de memoria, pero al parecer no de un intelecto propiamente dicho, incapaces de comunicarse directamente con la mente humana, aunque no de invadirla y explorarla, lo que es una fuente de pistas valiosas para el contacto, pero que se muestran inútiles a la larga (la forma más clara de definirlos sería como algo parecido a un sistema experto, donde los mecanismos de inferencia y acción están dados por lo que el sistema experimenta en el tiempo).

Otro detalle importante a notar es en las personas que sirven de contacto entre las flores y el pueblo, el solitario retrasado Tupper y el marginal Stiffy además del fracasado Carter y el Rico del pueblo Sherwood, de cuya hija está enamorado Carter, pero se siente indigno de ser correspondido en sus afanes, son los operadores de la tragedia, que sin saberlo ceden a las maquinaciones de las flores, y ponen al mundo en un nudo gordiano.



El segundo nivel es la reacción de los demás habitantes del pueblo, sacados de sus dramas y vicisitudes habituales, representados especialmente por el jefe de policía, matón del pueblo y enemigo declarado de Carter. Hiram Martin, quien, al enterarse mínimamente de la participación de Carter en el misterio, lo eleva a la indigna categoría de chivo expiatorio, sambenito que Carter no puede quitarse de encima ni aun después de aporrearlo. Esta percepción de inseguridad se extiende hasta la misma Casa Blanca, donde los altos funcionarios discuten que hacer con la amenaza y decretan la mala solución universal: la bomba. **Simak** ataca aquí el temor usual de la Guerra Fría y la sensación de estar al límite de la navaja que inevitablemente brinda.

Y aun entonces, cuando todo parece perdido, la humanidad presa del pacto fáustico con una especie mucho más lista o la aniquilación total, es que aparece una luz de esperanza en las palabras de Stiffy, y es que no puede existir un poder sin un admirador de este, las definiciones que usamos de belleza, bondad o erudición sólo se aplican si existe previamente la idea de otro como involucrado, una dicotomía observador-observado. Las flores son organismos simbiotes, y la especie humana es el ganador de este turno.

Esta relación con el otro es una moneda de dos caras, y así como existe la admiración, el amor y la camaradería, presenciamos envidias, temores y animadversiones. Esta falta de reconocimiento de la otredad es lo que produce escenas de incomodidad suprema (es extraño, me siento como nuevo, pero no es natural, no tendría porque ser así) y de incomprensión evidente, como el hecho que las flores no fueran capaces de entender la diferencia individual ente el



padre de Carter y éste, cosa que es fácil ver respecto a otra especie, pero que es igualmente válido para otras naciones y culturas.

En suma, un libro sólido que conjunta la expresión ante el horror de la incomprendibilidad del otro y el despropósito de tratar de acomodar todos los acontecimientos a un estrecho marco de referencia, a través de las acciones de sus personajes, **Simak** nos propone un retrato dramático, mas no exento de esperanza y de posibilidades estimulantes que sobre todo, nos habla de la necesaria y nunca bien ponderada tolerancia, a ser tenida en cuenta como valor crucial en tiempos como estos.

© Isaac Robles

ISAAC ROBLES, 25 años, es peruano, estudia Ingeniería Industrial en la UNI de Lima y trabaja como profesor de Filosofía y Lógica en un colegio de enseñanza media. En su haber se encuentra haber editado una revista y tres libros para su facultad, ahora es el editor del cuarto que está por salir. También es colaborador de *Velero 25*, grupo en el que entró de la mano de Luis Bolaños en 2003. Ahí publicó originalmente este artículo, así como un cuento. Promete presentar otro. Sus intereses pasan por la filosofía, la física teórica, la música, en especial jazz, R&B y world music, y la literatura, en especial de CF. Autores favoritos: Dan Simmons, Borges, Gao Xingjian, Yourcenar y Lem.

Bibliografía:

- *Toda la carne es hierba*, Clifford D. Simak, ed. Grijalbo, col. La Puerta de Plata, 1993.
- *Estación de tránsito*, Clifford D. Simak, ed. Martínez Roca, col. Superficie, n° 55, 1980.
- *El hombre en busca de sentido*, Viktor Frankl, Círculo de Lectores, 1998.



Si te gusta leer. Si te
apasiona escribir.

Revista de Escritura Creativa
Nitecuento

Colaboraciones, suscripciones e información:

Susana García

Apdo. Correos 38072 - 08080 Barcelona
nitecuento@teleline.es



SOÑANDO EL FUTURO

por Omar E. Vega

Lo que algunos hombres se atreven, a soñar otros lo pueden lograr. Ignoro el origen y la exactitud de esta cita, pero viene al caso. En este corto artículo, Omar Vega nos señala un nuevo sentido, un sentido Hispano, a los sueños de la ciencia-ficción.



El auge y caída de imágenes preceden o acompañan el auge y caída de las culturas. Mientras la imagen de la sociedad es positiva y floreciente, la flor de la cultura está en su madurez. Una vez que la imagen decae y pierde su vitalidad, en cambio, la cultura no sobrevive más¹.

(The Image of the Future, Fred Polak, 1961)

Muchos pretenden que nuestro atraso económico deriva de nuestra mentalidad. De ser cierto esto ¿Porqué no intentar cambiarla? Y ya que nuestros pensamientos en vigilia suelen ser opacos, cuando no francamente pesimistas, ¿por qué no cambiamos, al menos, nuestros sueños? Los invito simplemente, y sin amarras racionalistas, a soñar en un futuro mejor para nuestros pueblos.

Esperanza

El día en que dejemos de soñar con un futuro mejor para nuestro continente, ya no tendrá sentido vivir aquí. Mejor sería entonces desaparecer de este mundo, o hacer un paquete con nuestras pertenencias y buscar un mejor destino en otras tierras. Por fortuna, nuestras gentes no han perdido la esperanza, y todos quienes vivimos en el mundo Hispano, independiente de nuestra posición social, y de nuestras ideas políticas y religiosas, todos por igual, soñamos con un futuro mejor para nuestros pueblos y para nuestros hijos y nietos. Ese sueño nos parece muy natural a tal punto que no nos damos cuenta de ello, hasta que no comparamos nuestra actitud con las de las gentes de otras regiones del mundo.

¹ “The rise and fall of images precedes or accompanies the rise and fall of cultures. As long as a society’s image is positive and flourishing, the flower of culture is in full bloom. Once the image begins to decay and lose its vitality, however, the culture does not long survive.” (The Image of the Future, Fred Polak, 1961)



En los países desarrollados, la gente en general no sueña con el futuro, pues el porvenir es el hoy, las oportunidades y los goces están localizadas en el presente para su inmediato disfrute; es difícil atisbar un futuro mejor en un ambiente donde las cosas ya están bien. Por otra parte, en aquellas zonas del mundo donde el hambre, la miseria y la guerra asolan a toda la población el futuro también desaparece, pues la prioridad se centra en la supervivencia inmediata. Es sólo en aquellos países que tienen una tranquilidad relativa, y problemas todavía no resueltos, donde la gente comienza a aspirar a más. De hecho, quienes hoy sueñan con el futuro son principalmente los asiáticos y los latinos.

Más ¿En qué soñamos? ¿En que basamos nuestra esperanza en el porvenir? De alguna forma desconocida, desde lo más profundo nuestro subconsciente aflora la esperanza de que nuestra actual forma de vida puede mejorar. Intuitivamente sabemos que las masas de hombres de negocios angustiados, de profesionales mal pagados, de obreros explotados, de vendedores ambulantes y de millares de mendigos que recorren nuestras calles y duermen en los bancos de nuestras plazas, tienen el potencial de una vida mejor, si solo dispusieran de mejores oportunidades. Si el hombre de negocios pudiera disponer de una mayor variedad de clientes, y de un financiamiento más seguro, estaría mucho más dispuesto a generar más empleo, a pagar mejor, y a disfrutar de esta vida, en vez de desgastarse en el interminable trabajo de obtener pequeños contratos abusivos para pagar la planilla al fin de mes. Si el profesional pudiera hacer el trabajo para el que fue realmente preparado podría ganar mucho más, y ser mucho más feliz que en su actual esfuerzo por mantenerse como administrador de una empresa ineficiente y desmotivadora. Si el ambulante y el mendigo pudieran obtener trabajos decentes se esforzarían y saldrían de la pobreza por su propio esfuerzo, recobrando de paso la dignidad que como seres humanos merecen.

¿Cómo no soñar con una vida mejor para nuestro mundo Hispano? ¿Cómo no esperar que el futuro remedie las carencias del presente? ¿Cómo no estar ciertos que el cambio lo podemos hacer por nosotros mismos, cuando sabemos que otros países dejaron atrás las angustias y las pobrezas mediante el trabajo? Todos nuestros sueños se resumen a lo siguiente: queremos que nuestro mundo sea desarrollado, aun cuando no tenemos muy claro el camino a seguir. Necesitamos que los nuestros sean países de oportunidades: al anciano, a la persona limitada y a los enfermos, una pensión decente que permita vivir una vida digna; al deportista de competición, los mejores gimnasios y entrenadores que le permitan llegar a la cumbre de su disciplina; al científico una buena renta, los laboratorios adecuados, las becas y contactos necesarios para ponerlo efectivamente en la elite intelectual del globo; al músico clásico y también al popular, la posibilidad de proyectar su arte al mundo; al obrero y al artesano, la posibilidad de crear sus propias pequeñas empresas para exportar sus productos a toda la faz de la tierra; al profesional, la posibilidad de contribuir al progreso; al hombre de negocios, la posibilidad de llevar a cabo sus pro-



yectos más ambiciosos con menor riesgo.

El sueño no es más que el primer paso a la materialización de la idea, pero contiene en sí mismo una fuerza irresistible que nos mueve a través de todas las dificultades, hasta conseguir la realización de las metas. Lejos de ser una forma de escapismo, las visiones de futuro permiten al hombre sembrar la semilla de un mundo mejor en sus contemporáneos. Semillas que si caen en terreno fértil germinarán en magníficas obras. Esto lo comprendieron todos quienes en el pasado lucharon por un futuro mejor para la humanidad. ¿Que otra cosa han sido los precursores del cambio sino vendedores de sueños? Es el caso de un Buda, de un Moisés, de un Jesús, que sembraron en la Humanidad la idea de un mundo más justo para todas las personas; ideas que demoraron siglos en germinar pero que han tomado cuerpo no solo en el ámbito estrictamente religioso, sino que también en la conciencia que hoy existe en el mundo por los derechos del Hombre.

Muchos de los logros más increíbles del mundo moderno fueron acometidas por soñadores ineludables: **Colón**, inspirado por un verso del segundo acto de la obra Medea de **Séneca**², sonó con llegar al Asia viajando al Occidente, conquistado de paso un Nuevo Mundo para España y la vieja Europa; **Da Vinci** soñando con volar como las aves, inspiró al Hombre por generaciones, hasta que finalmente las alas le permitieron encumbrar el vuelo; **Von Braun** soñó con el viaje a la Luna y lo convirtió en realidad.



Walt Disney

Cuantos sueños se ocultan tras los logros de hombres de éxito. Muchos de los millonarios de la industria y de las artes suelen confesar que su motivación está más allá del dinero, y que éste es solo consecuencia y no la causa del éxito. La meta siempre está por sobre el mero beneficio material, y se centra en la capacidad de hacer nuevas cosas. Por eso **Walt Disney** construye un imperio no solo para ganar dinero sino, por sobre todo, para realizar las mejores películas de dibujos animados del mundo. De igual modo, **Henry Ford** aspiraba poner el automóvil al alcance de todos, cambiando de paso la sociedad, y **Bill Gates** sueña en convertir las utopías del futuro en realidades del presente. Es fácil saber que detrás de la creatividad de **Franklin** y de **Edison** estaba una ilimitada curiosidad y la motivación imperiosa de cambiar el

Texto que inspiró la empresa de Cristóbal Colón:

² Veniet annis

Secula seris, quibus Oceanus

Vincula rerum laxet, et ingens

Pateat tellus, Tiphisque **novos**

Detegat **orbes**, nec sit Terris

Ultima Thule

En los últimos años

vendrán siglos en que el Océano

aflojará las ligaduras y cadenas de las cosas,

y se descubrirá una gran tierra, y uno como Tiphis;

descubrirá **Nuevos Mundos**, y no será ya

Thule la última de la tierra.

Coro del Segundo Acto de Medea, de Séneca, romano de origen ibero, siglo I D.C.



mundo. De igual modo, detrás de los trabajos de **Newton** y **Einstein** estaba la necesidad de conocer la realidad y la mente de Dios.



Incluso los dictadores sueñan, y es así como detrás de **Napoleón** estaba la ilusión de crear un nuevo Imperio Romano en Europa. **Stalin** soñaba con una Unión Soviética fuerte, industrial y moderna. Y el perverso Hitler soñaba con un imperio universal germánico, con capital en Berlín, ciudad que sería reconstruida de acuerdo al grandioso proyecto arquitectónico de su arquitecto oficial: **Albert Speer**. Entre los edificios proyectados por Hitler y **Speer** se encontraba la cúpula más grande del mundo, la que alcanzaría alturas asombrosas. Estos sueños de dictadores nos deben poner en alerta, para usar nuestro espíritu crítico a la hora de juzgar las utopías, pues detrás de una visión magnífica puede ocultarse un demonio como el que inspiró a Hitler.

El poder de Imaginación Positiva

La Segunda Guerra mundial mató a las personas por millones, y convirtió en ruinas las ciudades de muchas naciones. Mas al terminar el conflicto esas mismas naciones volvieron a levantarse para convertirse en las más desarrolladas del orbe. Las dos décadas que siguieron a la postguerra fueron tiempos de furiosa reconstrucción y de fe basada en la esperanza de un mundo mejor. De esta época datan los *milagros* económicos alemán y japonés; naciones que supieron revertir su derrota y absoluta carencia de recursos para transformarse en líderes a nivel mundial.

Fue en Rotterdam, una de esas ciudades en ruinas por el bombardeo sistemático, propio de la Segunda Guerra Mundial, donde el sociólogo holandés **Fred Polak** trataba desesperadamente de comprender la locura que le rodeaba. Fruto de sus estudios fue su libro *LA IMAGEN DEL FUTURO*, el cual explica en forma precisa por primera vez la fuerza que tienen los sueños para cambiar las realidades del presente. **Polak** piensa que el auge y caída de las imágenes del futuro acompañan el auge y la caída de las culturas. El cree que ciertas imágenes actúan como verdaderas bombas de racimo en la conciencia colectiva, generando una serie de explosiones sucesivas. Cada detonación crea una grieta en el tiempo, una aguda discontinuidad, produciendo la visión de una posibilidad totalmente nueva para la cultura en donde estalla. La sociedad comienza entonces a movilizar sus energías en respuesta a tal visión. **Polak** estudió las imágenes del futuro de la Civilización Occidental, descubriendo que esas visiones positivas estuvieron detrás del desarrollo Griego, del Renacimiento, de la Reforma y de la Ilustración³.

³ Fuente: Fred Polak, the Image of the Future. Paper: The Power of Positive Imagining. Merril Frindlay-July 26, 1994. Internet.



Milagros económicos, imágenes positivas, fe y confianza pueden parecer conceptos muy abstractos, o románticos, como para influir efectivamente en los cambios sociales y económicos de las naciones. Es poco práctico, dirían algunos, soñar en vez de trabajar ó invertir antes de hacer un cálculo de rentabilidad. Sin embargo, a un nivel profundo, la motivación de las personas es lo que consigue que las cosas se hagan. Sin motivación no se aprende ni se crea, cuando mucho se puede trabajar para subsistir, pero no para diseñar mundos nuevos. En cierto sentido, un verdadero triunfador digno de admiración es ese soñador capaz de materializar sus sueños, por muy extravagantes que parecieran en un principio.

Fe y confianza, afirma **Alain Peyrefitte** (1925-1999)⁴, son las bases morales de los milagros económicos. Fe en el futuro y confianza en los demás. Ahora bien, la fe se construye con sueños ambiciosos que nos motiven y exijan el esfuerzo para convertirlos en realidad. Entonces, y sólo entonces, ocurren los milagros.

Lo que necesitamos entonces, hoy más que nunca, es recuperar esa actitud casi religiosa de los fundadores de nuestros países. Necesitamos Fe y confianza en el futuro, por sobre toda otra consideración, y por sobre aquellos pequeños tropiezos a que nos vemos enfrentados. Necesitamos un horizonte de largo plazo para apreciar mejor que somos y donde podemos llegar.

El poder de la ciencia ficción

Se ha preguntado muchas veces cual debe ser el rol de la ciencia ficción hispana. Por supuesto que puede seguir una ruta universal, tal como lo ha hecho hasta ahora, incluyendo leyenda y tradiciones locales para enriquecer sus ambientes.

Sin embargo esto limita el papel que podría tener nuestra ciencia ficción en la forja de un futuro mejor. La literatura en general, y la ciencia ficción en particular, tienen el poder de transmitir ideas y sueños a las personas. Se trata del mejor medio imaginable para transmitir la *imagen del futuro*. De ahí que la ciencia ficción debe tener un rol fundamental en la difusión de utopías positivas para nuestros países. Sueños de un mundo mejor, de una vida armónica y superior.

Si los sueños crean realmente el futuro, es deber del escritor de transmitir aquellos que permitan construir un mundo mejor. Sólo entonces la ciencia ficción no se habrá escrito en vano.

© Omar Vega

⁴ Alain Peyrefitte. Milagros Económicos. Andrés Bello 1995.



Noticias

VOLUMEN DE LIBRO ANDRÓMEDA ESPECIAL TERROR: TERROR CÓSMICO

- 1.- Se abre la recepción de originales de narraciones inéditas escritas en castellano que se puedan enmarcar dentro del género de terror y que en su argumento especulen sobre la FANTASÍA SINIESTRA en cualquiera de sus múltiples formas, donde tendrán mayor aceptación los que engloben simultáneamente Terror y Ciencia Ficción.
- 2.- La recepción de originales está abierta hasta la fecha límite del día 31 de Enero de 2006. Se aceptarán textos remitidos con esa fecha. Fecha aproximada de edición 31 de MARZO de 2006.
- 3.- Se admitirá un solo texto por autor. No se establece limitación de extensión ni de género narrativo. Tienen cabida relatos, artículos y ensayos que versen sobre el tema: EL GÉNERO DE TERROR DENTRO DE LA CIENCIA FICCIÓN.
- 4.- Los originales en papel y disquete deben dirigirse a: Juan José Castillo; Pza. Roma, 16, 5º A ; 41089 Montequinto, Sevilla, o bien por correo electrónico a: especialterror@hiswavista.com
- 5.- Todos los textos recibidos ceden automáticamente los derechos publicación por una única vez a la Colección Libro Andrómeda que podrá editarlos por una única vez, con la finalidad de difusión cultural y publicidad de los autores; renunciando los autores a cualquier remuneración económica o de cualquier otro tipo.
- 6.- Dadas las características especiales de esta convocatoria, la colección Libro Andrómeda establecerá correspondencia con los autores seleccionados, una vez leídos todos los textos recibidos.
- 7.- Los autores publicados recibirán un ejemplar de la edición donde aparezcan, así como los suscriptores de la colección Libro Andrómeda-Ciencia Ficción.
- 8.- El autor debe firmar su narración y adjuntar sus datos personales: Nombre completo, número de identificación personal, dirección, teléfono y dirección de correo electrónico de contacto. Los formatos de texto aconsejados son: Word para PC.



9.- La remisión de originales para ser incluidos en el libro, supone la aceptación de estas condiciones.

[FUENTE: Juan José Castillo y Claudio Landete]

NECRONOMICÓN SOLICITA RELATOS CORTOS

Necronomicón solicita relatos cortos (menos de 1000 palabras) en los géneros de Terror, Fantasía o Ciencia Ficción. El fanzine hace especial énfasis en la temática lovecraftiana, pero echándole un ojo al material literario ya publicado podrán observar que ese no es un requerimiento estricto. La dirección de contacto es ubikcf@yahoo.com.

También anuncia que acaba de salir el N° 6 con relatos de Adriána Alarco, Yamil Madi y José Carlos Canalda. Pueden leer éste y los números anteriores en <http://www.geocities.com/ubikcf/necroindice.htm> y además pueden consultar con todo detalle las características de los relatos que envíen a Necronomicón.

Gracias por la atención.

Están invitados.

[Fuente: Jorge De Abreu]

VUELVE LA REVISTA SAMIZDAT

Samizdat - vicio y subcultura, la revista argentina que revolucionó las publicaciones locales del género, vuelve al ruedo.

Creada en 1999, Samizdat combinó profesionalismo, gran calidad de contenidos y distribución gratuita. Esto le permitió llegar mensualmente a miles de aficionados y convertirse en vocera de un movimiento que en ese momento estaba en plena ebullición (¿Se acuerdan? Grandes clubes de aficionados, convenciones internacionales, etc.)

Alguna de las periódicas crisis que aparecen en éste país sepultó el proyecto, dejando una veintena de números publicados y un espacio que hasta ahora nadie quiso o pudo llenar.



Ahora vuelve la revista, aunque en versión digital. Lo interesante es que no solo aporta nuevos artículos y noticias sino que también da lugar a un valiosísimo Archivo de Publicaciones donde se irán publicando los números originales.

El proyecto también irá agregando los archivos de viejas revistas del mismo grupo (*Elsewords, Neuromante Inc.*) y se propone como punta de lanza para la edición de libros en papel relacionados con el género fantástico.

Se puede visitar en <http://www.samizdat.com.ar>

[Fuente: QuintaDimensión]

ALFA ERIDIANI

Continuando con nuestro proyecto editorial, el número el 17 será un especial Imperios Galácticos. Porque dentro de esa vertiente de la ciencia-ficción llamada Space Opera (esa rama del género entre ingenua y visionaria) tiene una importancia primordial el tema de los imperios galácticos, del mismo modo que los reinos fabulosos juegan un papel básico en la narrativa heroica de todos los tiempos.

Colosales imperios que abarcan cientos de mundos y miden sus dominios por parsecs. Imperios cuyo esplendor rivaliza con el de las propias estrellas y cuyo derrumbamiento las hace estremecer...

Alfa Eridiani quiere retomar esta vieja tradición y hace un llamado a los escritores de ciencia-ficción para que nos ofrezcan relatos de alrededor de 3000 palabras, ambientados en un imperio galáctico para su publicación en junio de 2005. Solo se admitirán relatos hasta el 31 de mayo de 2005, quedando excluidos aquellos que se reciban con posterioridad.

Estos relatos serán enviados a alfaeridiani@yahoo.es.

El número 18 será un Especial Máquinas Pensantes, los textos deben ser remitidos a editores_alfa@yahoo.es antes del 30 de junio.

[Fuente: Los editores]